

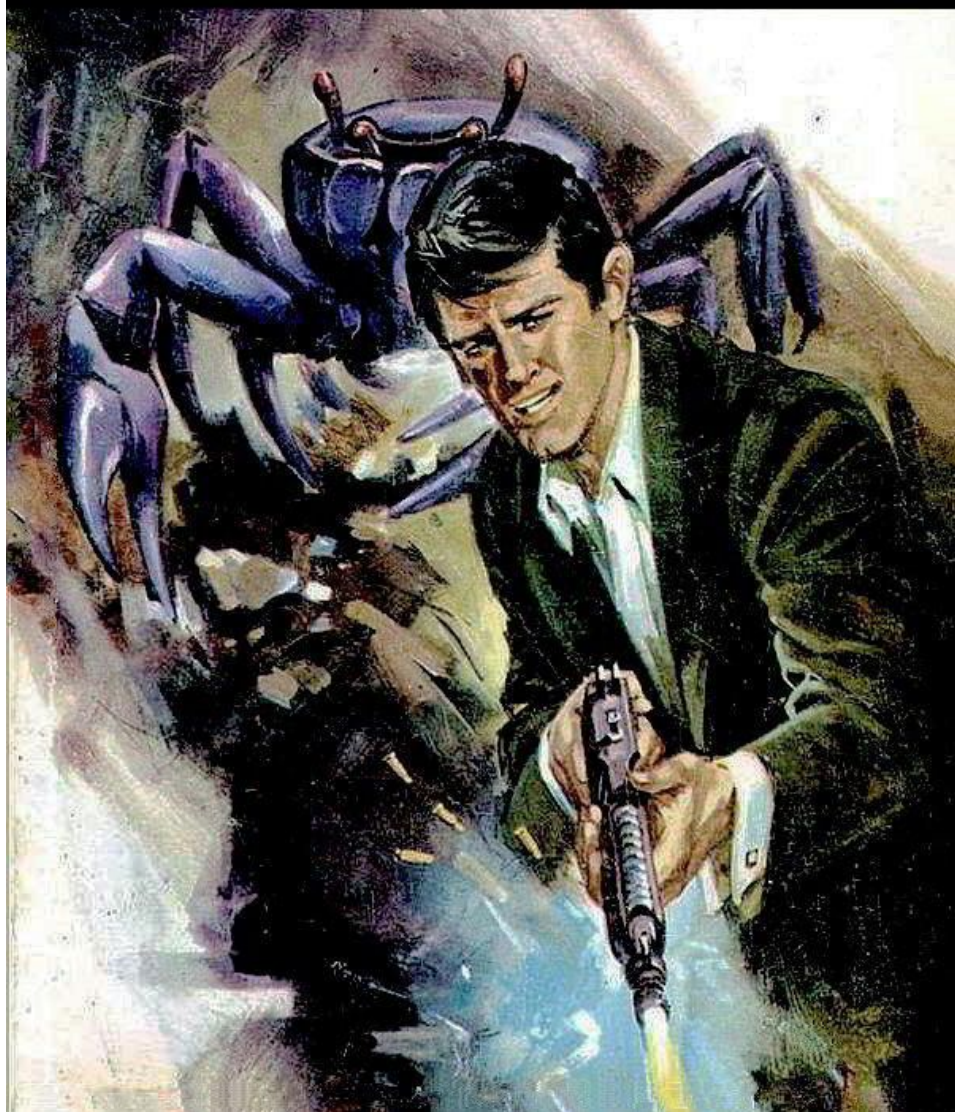
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

EL CANGREJO

Joseph Berna



El Cangrejo.

Uno de los muchos clubs nocturnos existentes en la ciudad de San Francisco.

La del famoso terremoto.

La del famoso puente colgante, el más alto y largo del mundo.

El Cangrejo era un club de mediana categoría.

En cambio, la pelirroja que en aquellos momentos estaba cantando una canción, recostada sobre la caja del piano, era de mucha categoría.



Joseph Berna

El cangrejo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1439

ePub r1.0

Lds 02.12.18

Título original: *El cangrejo*

Joseph Berna, año de 1.^a publicación en idioma original

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El Cangrejo.

Uno de los muchos clubs nocturnos existentes en la ciudad de San Francisco.

La del famoso terremoto.

La del famoso puente colgante, el más alto y largo del mundo.

El Cangrejo era un club de mediana categoría.

En cambio, la pelirroja que en aquellos momentos estaba cantando una canción, recostada sobre la caja del piano, era de mucha categoría.

Alta, de pechos firmes, agresivos, que asomaban tentadores por el impresionante escote del brillante vestido, estrecha cintura, espléndidas caderas, y largas piernas, una de las cuales, la derecha, quedaba visible desde su nacimiento, pues la abertura lateral del vestido llegaba hasta la cadera.

La escultural pelirroja, de ojos verdes, rasgados, luminosos, orlados de larguísimas pestañas, naricilla graciosa, y labios llenos, húmedos, tremendamente sensuales, apoyó las manos en el borde de la caja del piano de cola y se izó, poco a poco, muy lentamente, como una gata perezosa, hasta quedar sentada en el piano.

Entonces, elevó, muy lentamente también, la rodilla derecha, y la sostuvo con las manos entrelazadas, todo ello sin dejar de cantar, con voz dulce, cálida, sensual.

Su torneado muslo pudo admirarse con todo detalle.

Y se admiró.

Vaya si se admiró.

Todos cuantos se hallaban en el local, sin excepción alguna, tenían los ojos fijos en la excepcional figura de la pelirroja, y algunos hombres tenían, también, la boca abierta.

—Cómo está la cangreja, diablos... —murmuró un tipo que se hallaba acodado de espaldas al mostrador.

Mediría alrededor de 1,85, y era de recia complexión. Tenía el cabello oscuro, la boca grande, y la nariz ligeramente aplastada. Se le podían conceder unos treinta años de edad.

Vestía un traje marrón, no demasiado nuevo, una camisa clara y una llamativa corbata, cuyo nudo se había aflojado al poco de aparecer la cantante pelirroja. En la mano izquierda sostenía un vaso largo, conteniendo dos dedos de *whisky* y unos cubitos de hielo.

De pronto, alguien le tocó el hombro.

El tipo con cara de boxeador en activo giró la cabeza y observó al individuo que se había puesto a su lado.

Alto como una torre.

Cuello de toro.

Pecho de gorila.

Manos de luchador de *catch*.

Y, por la cara que ponía en aquellos momentos, parecía dispuesto a hacerle «la corbata», «el tirabuzón», o «el molinete», a poco que él le provocara.

—¿Qué se le ha perdido, pequeño? —preguntó el tipo acodado en el mostrador, con ironía.

—He oído lo que has dicho —habló el elefante con piernas, con voz de motor de muchos caballos.

—¿Qué es lo que he dicho?

—Has llamado cangreja a la cantante.

El tipo de la corbata llamativa sonrió.

—Sí, es verdad —admitió—. Como el club se llama El Cangrejo, pues...

—Un tipo gracioso, ¿eh?

—Hombre, tampoco soy Bob Hope...

—No vuelvas a hacerlo —advirtió el gigante.

—¿El qué?

—Llamar cangreja a la chica.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta.

—Está bien, muchacho, no te enfades —sonrió de nuevo el, tipo del traje marrón, tocando amistosamente con el puño el hombro del

grandullón.

Tuvo la impresión de que tocaba un bloque de granito.

El energúmeno advirtió:

—Si vuelves a pronunciar alguna frase o palabra que no sea respetuosa, te sacaré a empujones del club y te daré una paliza en el callejón de atrás. ¿Enterado?

—¿Eres un empleado del club...?

—Sí.

—¿Te importaría decirme tu nombre?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Por si necesito llamarte...

—¿Ocurre algo, Alex? —preguntó de pronto otra voz de motor de bólido de carreras.

El tipo de la nariz ligeramente aplastada ladeó la cabeza y se encontró con el hermano gemelo del individuo que se había molestado porque él llamó cangreja a la cantante pelirroja.

La misma estatura...

El mismo cuello de toro...

El mismo pecho de gorila...

Las mismas manos de luchador de *catch*...

Y también la misma cara de pocos amigos.

—Nada, Lou —respondió el mastodonte llamado Alex, tomando del brazo al otro mastodonte y llevándoselo con él, hacia otro punto del local.

—En el zoológico estaríais bien, pareja de rinocerontes... —rezongó el tipo de la corbata chillona, en tono bajo, para no ser oído por los corpulentos individuos.

Seguidamente se atizó un trago de *whisky* y volvió a prestar atención a la seductora pelirroja.

La chica, de no más de veintitrés o veinticuatro años de edad, finalizaba su interpretación en aquel preciso instante.

Se deslizó del piano, con los mismos movimientos gaturrones de antes, y se inclinó para saludar al público, lo cual le permitió realizar una formidable exhibición de protuberancias pectorales.

El respetable le dedicó muchos aplausos.

El tipo con cara de púgil en activo se limitó a seguir con los ojos a la beldad, mientras ella se retiraba, con acentuado movimiento de caderas.

Un tipo delgado, que vestía impecable *smoking*, surgió de detrás de la cortina de terciopelo rojo por la cual había desaparecido la cantante pelirroja, atrapó el micrófono, y anunció:

—Tras la magnífica actuación de Lucy Cárter, ante ustedes, damas y caballeros... ¡Anette y Johnny!

La cortina roja se movió de nuevo, dando paso a Anette y Johnny, una pareja de equilibristas.

El tipo del *smoking* se retiró rápidamente de la pista de atracciones y los músicos empezaron a tocar, muy suavemente, como requería el número que iban a realizar los equilibristas.

El público femenino, no muy numeroso, prestó atención a Johnny, un joven moreno, de rostro atractivo, cuerpo bronceado y brillantes músculos, cuya única vestimenta era el breve *slip* plateado y las botas, muy flexibles, plateadas también.

Los hombres, en cambio, dedicaron toda la suya a Anette, una rubia de rostro no excesivamente bello, pero poseedora de un cuerpo sensacional. Su vestimenta era idéntica a la de su pareja, es decir, diminuto *slip* y flexibles botas, aunque no de color plata, sino de color rojo.

Los equilibristas iniciaron su exótico número.

Se abrieron muchas más bocas que cuando estaba actuando la pelirroja Lucy Cárter, y no por el hecho de que la exuberante rubia mostrase sus senos, pues esto sucedía cada noche en cualquier club nocturno, y ya nadie se asombraba por ello.

Si se abrieron tantas bocas fue porque ya no era tan frecuente, ni mucho menos, encontrarse con un cuerpo tan portentoso como el que poseía la tal Anette.

Todos empezaron a sentir envidia del apuesto Johnny, porque éste no sólo tenía más cerca que nadie a la subyugante rubia, sino que, para realizar su número con ella, se veía obligado a cogerla de aquí y de allá, sin que ella, lógicamente, pusiese objeción alguna.

El trabajo era el trabajo.

Y ellos estaban trabajando, sólo trabajando.

Más de un espectador pensó en la conveniencia de dejar su profesión y hacerse equilibrista, aunque ganase menos.

El tipo de la corbata estridente decidió contemplar desde más cerca la actuación de Anette y Johnny, y se aproximó a la pista de atracciones, con el vaso de *whisky* en las manos.

Bueno, lo que el tipo deseaba contemplar, en realidad, era a la curvilínea rubia.

A él, el bien musculado Johnny, y sus habilidades equilibrísticas, ni fu ni fa.

En cambio, Anette, fu, fa, fe, fo y fi.

Se detuvo delante mismo de la pista, como si fuera el dueño del club, a dos metros escasos de la pareja, y clavó sus ojos en la prodigiosa anatomía de la rubia, a la cual sonrió, en un instante en que los suyos y los de ella se encontraron.

Anette le devolvió la sonrisa, sin distraerse por ello, pues se hallaba en una posición muy difícil, y al menor descuido podría dar con su delicioso cuerpo en el suelo de la pista.

Cuando más a gusto se encontraba el tipo, se vio cogido de pronto por los brazos, por dos férreas manos, las cuales tiraron de él, arrastrándolo hacia la salida del club.

El tipo miró a los dos individuos que tiraban de él.

Eran Alex y Lou, los fornidos empleados del club.

—¡Eh! ¿Qué hacen? —protestó.

—Sacarte a la calle —masculló Alex.

—¿Y quién diablos les ha dicho que yo quiera salir a la calle?

—Lo hemos decidido nosotros —rezongó Lou.

—¡Yo quiero quedarme! ¡Me apetece presenciar el número de Anette y Johnny! ¡Vamos, suéltense!

—No alborotes, amigo —barbotó Alex, hundiéndole el puño en el hígado.

El tipo se encogió en el acto, lanzando un grito de dolor.

Alex y Lou siguieron arrastrándolo hacia la puerta, con menos dificultad que antes, porque el tipo había dejado de forcejear, y parecía dispuesto, después del golpe recibido, a dejarse sacar mansamente de El Cangrejo.

Pero nada más lejos de la realidad.

Y pronto se vio.

Súbitamente, el tipo levantó el pie y lo dejó caer, con todas sus fuerzas, sobre el de Alex.

El gorila lanzó un aullido, le soltó rápidamente, y se puso a saltar a la pata coja, con la cara arrugada de dolor.

Lou, el otro gorila, quiso pegarle un puñetazo en la cara al tipo del traje marrón, pero éste, actuando con gran rapidez, elevó

bruscamente la rodilla y se la incrustó entre los muslos.

El alarido que emitió Lou fue ensordecedor, al tiempo que se dejaba caer al suelo, donde se retorció como una cola de lagartija recién seccionada.

El tipo de la corbata llamativa se volvió velozmente hacia Alex, adivinando que éste querría cobrarse el tremendo pisotón.

En efecto, así era.

El matón disparó una de sus mazas, con el claro propósito de dejarle sin cara.

El tipo esquivó con habilidad aquella especie de torpedo que era el puño de Alex y soltó uno de los suyos, el diestro, al mentón.

El empleado del club recibió el golpe sin pestañear siquiera.

El cliente dejó ir el otro puño, el izquierdo, estrellándolo también en la poderosa mandíbula del gorila.

Alex tampoco pestañeó esta vez.

El que pestañeó fue el tipo del traje marrón, cuando el enorme puño del matón percutió en su pómulo diestro.

Y, tras el pestañeo, se vino abajo, porque no había quien resistiera de pie un cañonazo como aquél.

El tipo intentó ponerse en pie, pero Alex le atizó un patadón en la mandíbula y le privó del sentido.

Alex miró a su compañero.

—Arriba, Lou. Hemos de sacar al tipo de aquí.

Lou hizo un esfuerzo y logró incorporarse, aunque no erguirse totalmente, porque le seguían doliendo intensamente los órganos genitales.

—¡Bastardo...! —masculló, mirando con odio al desvanecido sujeto—. ¡Le voy a...!

—En el callejón, Lou —dijo Alex, sujetando a su compañero—. Vamos, cógelo de las piernas.

Alex y Lou cargaron con el tipo y lo sacaron del club, por la puerta de atrás, la que daba al callejón.

Un callejón de una sola salida, escasamente iluminado, repleto de cajas y cubos, la mayoría de ellos a rebosar de desperdicios.

Los matones dejaron al tipo en el suelo.

—Es tuyo, Lou —indicó Alex, sonriendo.

—Lo voy a convertir en una piltrafa —habló entre dientes Lou, y disparó la pierna.

Al pecho del tipo.

El siguiente punterazo se lo dio en el estómago.

Los dos que vinieron a continuación, en los riñones.

Y, no satisfecho todavía, le propinó una patada más, en la cara, partiéndole el pómulos izquierdo.

—Basta va, Lou —intervino Alex, cogiendo del brazo a su compañero—. Un par de golpes más, y el tipo no podría contarlos.

—Sí, tienes razón —jadeó Lou—. Ya ha recibido su merecido... Regresemos al club.

—Espera un momento —murmuró Alex, con cara de haber descubierto algo.

—¿Qué ocurre?

Alex se inclinó sobre el vapuleado sujeto y le abrió la chaqueta de par en par, dejando visible la funda sobaquera que éste llevaba bajo la axila izquierda, en la que descansaba una pistola automática.

Alex se apoderó del arma.

—Es una «Luger»...

—Diablos con el tipo... —rezongó Lou.

—Creo que el jefe debe enterarse de esto.

—Sí, vamos a informarle.

Los dos gorilas se introdujeron en el club, dejando al tipo de la nariz ligeramente aplastada tirado en el suelo del callejón, como un desperdicio más.

CAPÍTULO II

Charles Bevison, propietario de El Cangrejo, se encontraba en su despacho, acompañado de Glenda Harris, su amiguita, una morenaza con todo lo necesario para triunfar en un concurso de *misses*.

Y triunfar por méritos propios, sin necesidad de someterse a los deseos del presidente del jurado o de algunos de sus miembros.

Aunque a Glenda no le hubiera importado demasiado hacerlo, llegado el caso. Era una chica muy poco vergonzosa.

El dueño de El Cangrejo y su amiguita se hallaban sentados en el largo sofá.

Charles Bevison era un tipo de mediana edad, más bajo que alto y con algunos kilos de más, pues tenía buen apetito y era poco amante de practicar deportes. Estaba en mangas de camisa, llevaba los puños doblados y el nudo de la corbata aflojado.

Se llevó el cigarro a la boca y le dio una chupada, expulsando el humo hacia arriba, pausadamente.

—Charles... —ronroneó la morenaza, pegándose a él como una lapa.

—¿Qué? —Gruñó Bevison, a quien no pareció complacerle demasiado que Glenda se creyera un sello y le tomara a él por un sobre.

—¿Te preocupa algo?

—No.

—Pareces pensativo.

—Parezco pensativo porque estoy pensando. Pero eso no quiere decir que esté preocupado.

—¿Seguro, cariño?

—Seguro.

La morenaza le echó los brazos al cuello.

—Bésame, Charles... —pidió, ofreciéndole los labios.

Bevison hizo una mueca.

—Glenda, hace calor...

Ella sonrió pícaramente.

—¿Estás sugiriendo que me quite el vestido...? Eso está hecho, querido.

—Espera, que yo no estoy sugiriendo nada —gruño Bevison—. En todo caso, que te apartes un poco.

Glenda Harris, que ya se había llevado las manos a los delgados tirantes de su vestido de noche, para dejarlos caer, frunció el ceño.

—Yo sé lo que te pasa, Charles. Le has echado el ojo a la pelirroja, y sólo piensas en ella.

—¿De qué pelirroja hablas? —preguntó Bevison, colocándose de nuevo el cigarro entre los dientes, dos de los cuales eran de oro.

—De Lucy Cárter, lo sabes muy bien.

—¿La cantante...?

—¡Sí, la cantante!

Charles Bevison soltó un chorro de humo y sonrió.

—Lucy es una chica muy deseable, y no canta mal, por eso la contraté. Pero tú también lo eres, Glenda.

—Sí, yo soy deseable, pero tú ya no me deseas.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, es la verdad. Desde que Lucy Cárter entró a trabajar en El Cangrejo, tú y yo apenas nos hemos divertido.

—Eso no es cierto, Glenda. Nos hemos divertido con la misma regularidad de siempre.

—Hemos hecho el amor, sí, pero no como antes, porque tus pensamientos están en otro sitio.

—Glenda, por favor, no digas más bobadas. Me gustas, y tú lo sabes. Más que ninguna. Si no fuera así, ¿crees que te seguiría teniendo a mi lado?

Ella bajó la cabeza.

—Cualquier día de éstos me echarás, lo sé...

Bevison dio un suspiro, dejó el cigarro en el cenicero, y cogió por los hombros a la morena.

—Acabas de decir una solemne estupidez, Glenda.

Ella alzó la cabeza y le miró.

—¿De veras te sigo gustando, Charles?

—Tanto como el primer día —aseguró Bevison, besándola en los labios.

Glenda se apresuró a devolverle el beso, con mucha más pasión de la que el propietario de El Cangrejo ponía en la caricia.

Tenía que lograr que Charles la deseara.

Y lo logró, a juzgar por lo que, segundos después, hacía él: bajarle los tirantes del vestido.

Bevison la recostó en el sofá y comenzó a acariciarla y a besarla ávidamente.

Sin embargo, que Glenda Harris no tenía su noche, se puso de manifiesto enseguida, pues, cuando más entusiasmado se hallaba Charles Bevison, llamaron a la puerta.

—Oh, no... —murmuró la morena.

—Vaya, qué golpes tan inoportunos —rezongó el dueño del club, irguiéndose.

—Manda a la porra a quien sea, Charles —rogó Glenda, rozándole los labios con la mano.

—Lo intentaré —prometió Bevison, besándole los dedos—. Pero, por si no fuera posible, súbete los tirantes —indicó a continuación, levantándose del sofá.

Fue hacia la puerta y abrió.

—Vosotros teníais que ser... —Gruñó, observando ceñudamente a Alex y Lou.

El primero carraspeó.

—Sentimos molestarle, jefe, pero...

Charles Bevison entrecerró los ojos y adivinó:

—A ti te ha sacudido alguien, Alex...

—Sí, jefe —admitió el matón, tocándose la mandíbula, en donde lucía un par de moretones.

—Tampoco tú traes buena cara, Lou... —observó Bevison, escrutando al otro gorila.

Lou hizo una mueca de sufrimiento.

—Mi mala cara está justificada, jefe. Un tipo me soltó un rodillazo entre las piernas, y me hizo ver todas las estrellas del firmamento... Todavía veo alguna, cuando camino.

—Ya.

—Lo mismo me pasa a mí —murmuró Alex.

—¿También tú recibiste un rodillazo donde más duele, Alex? —inquirió Bevison.

—No, lo que yo recibí fue un terrible pisotón en el pie zurdo, y, por los pinchazos tan agudos que siento, debo de tener algún dedo reventado... —explicó el matón.

Charles Bevison se cruzó de brazos y masculló:

—Total, que el tipo os ha dejado a los dos inútiles para un par de días, ¿no es así?

—El está mucho peor que nosotros, jefe —informó Alex—. Lo dejamos tirado en el callejón de atrás.

—¿Es eso lo que habéis venido a decirme?

—No, jefe. Si sólo se tratase de la pelea, no habríamos venido a molestarle. Hemos venido a verle porque el tipo que causó problemas en el club, llevaba esto bajo la axila. —Alex sacó la «Luger» del bolsillo de su chaqueta y se la mostró al dueño de El Cangrejo.

Charles Bevison arrugó el ceño.

—Iba armado... —murmuró.

—Sí, jefe. Y muy bien armado. Lo descubrimos por casualidad.

—¿Qué aspecto tiene el tipo?

—Tiene cara de boxeador, es alto y fuerte, y demostró que sabe defenderse.

—¿Cómo se llama?

—No lo dijo, jefe.

—¿Sigue en el callejón? —preguntó Bevison.

—¡Seguro! —rió Lou, siendo imitado por su compañero—. Alex dejó que lo pateara a mis anchas, jefe.

Tardará por lo menos dos horas en recuperar el sentido.

—Traedme su documentación —indicó Bevison—. Y todo cuanto lleve en los bolsillos. Siento curiosidad por saber quién es ese tipo.

—Entendido, jefe —respondió Alex—. Vamos, Lou.

Los dos matones echaron a andar.

Alex cojeaba del pie izquierdo y Lou caminaba con las piernas separadas.

Charles Bevison cerró la puerta de su despacho y fue hacia el sofá, pero no se sentó en él.

—¿Algún problema, Charles? —preguntó Glenda Harris.

—No, espero que no.

—Entonces, siéntate a mi lado y continuemos con lo de antes —sonrió ella, atrapando los tirantes de su vestido.

—No, Glenda. Alex y Lou van a volver, dentro de un par de minutos —comunicó Bevison.

—Qué fastidio...

—Yo también lo siento, créeme —repuso Bevison, pellizcándole la mejilla.

—Que se marchen pronto, Charles... —pidió ella, cogiéndole la mano.

Bevison sonrió.

—Me desharé de ellos lo antes posible, te lo prometo.

Glenda se puso en pie y le dio un beso, abrasándose a él.

Bevison no la rechazó.

Permanecieron así hasta que llamaron de nuevo a la puerta.

Charles Bevison se separó de su amiguita.

—Ya están ahí —dijo, y fue a abrir.

En efecto, eran Alex y Lou, y traían una cara muy rara.

—¿Por qué ponéis esa cara de idiotas? —Gruñó Bevison, observando, ceñudo, a sus empleados.

—¡Es increíble, jefe! —exclamó Alex.

—¿El qué es increíble?

—¡Que el tipo haya volado!

—¿Volado...?

—¡Sí, jefe! —intervino Lou—. ¡No está en el callejón, se ha largado!

Charles Bevison apretó los maxilares.

—Conque lo habías pateado a tus anchas y tardaría por lo menos dos horas en recuperar el sentido, ¿eh? —masculló—. ¡A vosotros sí que debería patearos yo, imbéciles!

Alex y Lou, instintivamente, dieron un paso atrás.

Ninguno de los dos se atrevió a abrir la boca. Sabían que sólo serviría para empeorar las cosas.

Charles Bevison se pasó la mano por la cara, tratando de calmarse.

—Bien, ya no tiene remedio —rezongó—. Por el momento, nos quedamos sin saber quién era ese tipo y por qué iba armado. Pero es posible que vuelva por el club, deseoso de desquitarse de vosotros. Si fuera así, atrapadlo y traedlo a mi presencia.

¿Entendido?

Alex y Lou dieron sendas cabezadas de asentimiento.

—Largo —indicó Bevison, y les cerró la puerta en las narices.

Se quedó junto a ella, pensativo.

—Charles...

Bevison miró hacia el sofá.

Glenda se había bajado de nuevo los tirantes del vestido y se hallaba recostada en el sofá, esperándole.

Charles Bevison suspiró y fue hacia ella.

Glenda le ayudaría a olvidarse, al menos por un rato, del tipo de la «Luger», a quien Alex y Lou aseguraban haber dado la gran paliza, y, sin embargo, le habían quedado fuerzas suficientes para esfumarse...

CAPÍTULO III

Apenas un par de minutos después de que Alex y Lou se introdujesen de nuevo en El Cangrejo, tras haber pateado el segundo a sus anchas al tipo del traje marrón, la puerta que daba al callejón se abrió otra vez, silenciosamente, y Lucy Cárter, la cantante pelirroja, salió del club.

Ya no lucía el brillante vestido de impresionante escote y larguísima abertura lateral, sino unos ajustados pantalones, color crema, y un ligero blusón estampado, cuyos colores combinaban perfectamente con el del pantalón.

La bella pelirroja buscó con la mirada al tipo de la nariz ligeramente aplastada.

Lo encontró casi enseguida, tirado entre unos cubos, la cabeza doblada, los ojos cerrados.

Corrió hacia él, acucillándose a su lado.

—Dios mío... —musitó, al verle la cara ensangrentada.

Se irguió de nuevo y corrió hacia el lugar en donde permanecía estacionado su coche, un «Dodge» azul celeste.

Entró en él, lo puso en movimiento, y lo adentró en el callejón, dejándolo lo más cerca posible del tipo que había sido golpeado por Alex y Lou.

Lucy Cárter descendió del coche, utilizando la portezuela de la derecha, la cual dejó abierta. Cogió al tipo por debajo de los brazos, y lo arrastró hacia el coche, a cuyo asiento logró subirlo, aunque lo suyo le costó.

Rápidamente cerró la portezuela, subió al auto por el otro lado, y puso el motor en marcha, sacando el coche del callejón.

Instantes después, el «Dodge» de la cantante pelirroja corría veloz por las calles de San Francisco.

Cuando el tipo de la corbata chillona abrió los ojos, no supo dónde se encontraba exactamente.

Sabía, eso sí, que viajaba en algo, porque se movía.

Y oía un motor.

No tardó en descubrir que viajaba en un coche.

Tendido sobre el asiento delantero, aunque las piernas descansaban en el piso del vehículo.

Tampoco su cabeza descansaba en el asiento, sino sobre el muslo de una persona.

El tipo supo que aquel muslo pertenecía a una mujer sin necesidad de erguirse y mirar a la persona que conducía el automóvil, pues vio los menudos pies de la conductora, enfundados en unos bonitos zapatos blancos y rojos, de alto tacón.

De todos modos, y picado por la curiosidad, trató de erguir el torso.

Tuvo la sensación de que una docena de soldados, empuñando fusiles provistos de bayoneta, tomaban su cuerpo como blanco, y le ensartaban sin piedad.

No pudo reprimir un grito de dolor.

La conductora del coche debió escuchar su quejido, pues al instante redujo la velocidad del vehículo y segundos después lo detenía suavemente.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó ella a continuación, tocándole la cabeza, con suavidad.

—Como si me hubiera atropellado un camión cargado de troncos... —murmuró él, sin moverse.

—Le ayudaré a erguirse.

—¡No...!

—Sentado sé encontrará más cómodo...

—No lo discuto. Pero me duele tanto todo, que prefiero no moverme... ¿No Oyó cómo grité antes? Intenté erguirme y me cosieron a bayonetazos.

—¿Que le cosieron a bayonetazos...?

—Yo sé lo que me digo —rezongó el tipo—. A propósito de saber... No sé quién es usted, aunque, su voz, me resulta familiar...

—Me oyó usted cantar, no hace todavía media hora.

—¿Cantar?

—En El Cangrejo. Soy Lucy Cárter.

—¡La cangreja! —exclamó el tipo, respingando.

—No, el club no se llama La Cangreja, sino El Cangrejo.

—Yo sé lo que me digo.

—Sí, puede que usted sepa lo que se dice, pero a mí me cuesta entenderle. No entendí lo de los bayonetazos, ni entiendo lo de La Cangreja. Y es que habla usted de un modo que...

—Ya se lo explicaré más tarde. Suponiendo que no me escayolen la lengua, claro.

—¿Cree que tiene algún hueso roto?

—Más de la mitad, seguro.

—Entonces, tendré que llevarle al hospital...

—Prefiero que me lleve a su casa.

—Pero, es que yo no puedo arreglar fracturas...

—Bueno, a lo mejor no tengo ningún hueso roto.

—Usted acaba de decir que tiene rotos más de la mitad...

—Es que yo soy muy exagerado.

—Demuéstrelo.

—¿Que soy muy exagerado?

—No, hombre. Que no tiene ningún hueso roto.

—¿Y cómo diablos voy a saberlo yo?

—Moviéndose.

—Ponga la radio, a ver si tocan algún *rock-and-roll*.

—No haga chistes y obedezca.

—Si me muevo, volverán los de las bayonetas.

—Deje de hablar en chino, ¿quiere?

—Lo que yo quiero es quedarme quieto, apoyando la cabecita en su esbelto muslo... ¿Sabe que percibo la tibieza de su piel a través de la tela del pantalón? Lucy Cárter suspiró pacientemente.

—¿Cómo se llama usted?

—Ron Stapley. Pero usted puede llamarme *Whisky*. —¿*Whisky*?

—O Ginebra. O Vodka. ¿No coge el chiste...? Ron, *whisky*, ginebra, vodka...

La pelirroja rió, sacudiendo la cabeza.

—No sé cómo puede quedarle humor para hacer chistes, en el estado en que se encuentra.

—Si no me muevo, no me encuentro tan mal...

—Trate de erguirse, poco a poco.

—Para que las bayonetas se me claven lentamente, ¿no es eso?

—Ron, le pedí que no me hablara en chino.

—Peldón, seholita.

—Venga, arriba. Cójase de mí.

—A ver si me cojo de donde no debo...

—Sólo hay un sitio de donde no debe cogerse.

—Dos. Y son idénticos.

—No sea tan atrevido o me enfadaré con usted.

—Oh, no, eso no... Quiero que seamos amigos.

—Yo también. Venga, haga un esfuerzo.

—Ya lo estoy haciendo.

—Cuidado, no se hernie —dijo la pelirroja, irónica—. ¿Por qué dice eso?

—Porque no está haciendo ningún esfuerzo.

—Sí lo estoy haciendo, aunque a usted no se lo parezca Pero, es que las bayonetas...

—Como vuelva a mencionar a esas dichas bayonetas, abro la portezuela y le dejo tirado en la calle.

—Como un perro.

—Eso es.

—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

Lucy Cárter volvió a reír.

—Es usted terrible, Ron.

—Espere a conocerme mejor y verá.

—Si no hace lo que le digo, no tendré oportunidad de conocerle mejor, porque empieza a cansarme esta situación. O se levanta, o le llevo directamente al hospital y que le atiendan allí.

—Prefiero que me atienda usted.

—Pues ya sabe lo que tiene que hacer.

—Erguirme.

—Sí. Aunque sólo sea por cortesía. No está bien que me hable sin mirarme.

—Tiene usted razón, Lucy. Allá voy.

El tipo que decía llamarse Ron Stapley se cogió del hombro de la cantante y, muy poco a poco, componiendo continuas muecas de sufrimiento, logró erguirse y quedar sentado en el asiento.

—Lo conseguí, Lucy... —murmuró, la cabeza apoyada en el

borde del respaldo del asiento, los ojos cerrados, la frente perlada de finas gotas de sudor.

—Es usted un tipo valiente, Ron.

—Si usted lo dice...

—¿Qué, sigue pensando que tiene algún hueso roto?

—No, por fortuna, creo que los tengo todos enteros...

—Entonces, le llevo a mi casa.

—Sí, por favor.

Lucy Cárter puso el coche en marcha.

—¿Por qué causó problemas en el club? —preguntó.

—Yo no causé problemas, me los causaron a mí —rezongó Stapley.

—Cuando los empleados del club le golpearon, por algo sería.

—Uno de ellos, el llamado Alex, me tomó manía, eso es todo. No le gustó que yo la piropease a usted, cuando cantaba sentada sobre el piano, ni tampoco que quisiera presenciar de cerca la actuación de Anette y Johnny, la pareja de equilibristas. El y Lou, el otro gorila, quisieron sacarme a rastras del club. Alex, además, me dio un puñetazo en el hígado. Yo, lógicamente, me defendí.

—De poco le sirvió.

—Sí, es cierto... Esos tipos son duros como rocas. Alex me puso fuera de combate. Y luego, en el callejón, debieron golpearme a placer, los muy hijos de...

—Ron...

—Perdone, Lucy, ya iba a soltar una palabrota.

La pelirroja sonrió suavemente.

Ron Stapley la miró, con fijeza.

—Qué hermosa es usted, Lucy...

—Gracias —repuso ella, ensanchando la sonrisa.

—¿Por qué se molestó en recoger a un tipo tan feo como yo?

—A mí no me parece tan feo...

—Los amigos me llaman el Belmondo americano.

—Jean-Paul Belmondo es un tipo muy interesante...

—¿Usted cree?

—Lo creo yo, y lo creen también miles de mujeres más. Entre ellas, Ursula Andress. ¿Cree usted que una mujer tan guapa como Ursula hubiera vivido tanto tiempo con Belmondo, si éste no fuera un hombre interesante de verdad?

—Caramba, no había pensado en ello...

—Ya hemos llegado, Ron.

—¿Al quid de la cuestión?

Lucy Cártter rió.

—No, hombre. A mi casa. Ésa es —indicó, señalando la casa frente a la cual había detenido el coche.

Stapley la observó.

Era una casa de madera, no demasiado grande, construida a cien metros escasos de la playa.

—¿Vive sola, Lucy? —preguntó Ron.

—Sí. Vivía con mi madre, pero ella murió hace algo más de un año.

—Oh, lo siento...

Lucy Cártter se volvió hacia el asiento de atrás, atrapó su bolso y se lo colgó del hombro. Seguidamente, descendió del coche, lo rodeó, y abrió la otra portezuela.

—¿Cree que podrá caminar, Ron?

—Al menos, lo intentaré.

—Apóyese en mí.

—Sí.

Stapley salió del coche y, cogido del cuello de la atractiva cantante, consiguió llegar hasta el pie de la escalera por la que se accedía a la casa.

—¿No hay más remedio que subir por esta escalera, Lucy? —preguntó Ron, haciendo una mueca.

—Me temo que sí, Ron.

—No sé si podré.

—Sólo son diez peldaños.

—A mí se me antojan cien.

—Animo, Ron. Yo le ayudaré.

—Le estoy causando muchas molestias, Lucy.

—No se preocupe.

—Qué buena es usted. ¿Me deja que le dé un beso?

—Cuando estemos arriba.

—Deje que se lo dé ahora. Me servirá de estímulo para iniciar la ascensión del Aconcagua.

La pelirroja rió.

—¿Cómo puede comparar una escalera de sólo diez peldaños,

con la cumbre más alta de toda América?

—Ya le dije que soy un tipo muy exagerado.

—Y tanto.

—¿Qué hay del beso? —carraspeó Stapley.

—Está bien, puede dármelo —autorizó ella.

Stapley la besó, sin exagerar ni la duración ni la intensidad de la caricia. Después, comentó:

—Qué bien saben sus labios, Lucy.

—El «Aconcagua» nos espera, Ron —repuso la cantante, sonriendo con ironía.

—Ataquémosle ya. Besarla me ha revigorizado de pies a cabeza.

—Me alegro.

Subieron la escalera, lentamente.

Una vez arriba, Lucy Cárter extrajo una llave de su bolso y abrió la puerta, encendiendo las luces.

Entraron los dos en la casa y la cantante cerró la puerta, empujándola con el pie.

Lucy llevó a Ron a un dormitorio.

El se sentó en la cama.

—Le he manchado de sangre la blusa y los pantalones, Lucy... —observó.

—No tiene importancia —sonrió ella, mirándose.

—Tendré que quitarme la chaqueta y la camisa, ¿no?

—Sí. Yo le ayudaré.

—Gracias, Lucy.

Al quedarse en camisa, la funda sobaquera que llegaba Ron Stapley quedó visible.

—Ron... —murmuró la cantante.

—¿Si, Lucy?

—Lleva usted pistola...

—Llevaba —corrigió él, dándose cuenta de que la tunda estaba vacía—. Debieron quitármela los matones del club.

—¿Por qué va armado, Ron?

—Se lo explicaré en otro momento, Lucy. Ahora estoy muy cansado, sólo deseo dormir —repuso Stapley, despojándose de la tunda y de la chillona corbata, que tenía algunas manchas de sangre.

La pelirroja le ayudó a quitarse la camisa.

—Santo cielo... —musitó, al descubrir las señales que en el pecho y en la espalda tenía Ron Stapley, producidas por los tremendos patadones que le propinara Lou.

—Malditos... —masculló Stapley, mirándose el pecho—. Esos tipos me las pagarán. Como me llamo Ron Stapley que me las pagarán.

—Iré por el botiquín y le atenderé lo mejor posible los golpes y las contusiones, Ron.

—Sí, por favor.

Lucy Cáster se trasladó al cuarto de baño, cogió el botiquín, que estaba guardado en un armario, y regresó rápidamente al dormitorio que había destinado a Ron Stapley.

Lo encontró tendido de espaldas en la cama.

Tenía los ojos cerrados y respiraba con fuerza.

Se había dormido profundamente.

CAPÍTULO IV

Ron Stapley se despertó.

La habitación estaba en penumbra.

Ron levantó el brazo izquierdo y se puso la muñeca delante de los ojos.

Su reloj, de esfera luminosa, decía que eran las cinco.

¿De la mañana o de la tarde?

De la tarde, sin lugar a dudas.

No podían ser de la mañana, pues la paliza la recibió pasadas las dos de la madrugada, y en la cama se tendió alrededor de las tres.

Y él estaba seguro de que no había dormido sólo dos horas, sino varias más.

Su estado físico lo confirmaba.

Sí, se encontraba muy recuperado de los golpes sufridos.

Pudo comprobarlo cuando apartó la sábana y se irguió quedando sentado en la cama.

Seguía sintiendo molestias, especialmente en los riñones, pero eran unas molestias perfectamente soportables.

Las muchas horas de descanso, más las atenciones de Lucy Carter, le habían dejado casi como nuevo.

Ron Stapley sonrió al recordar a la cantante pelirroja.

Había sido una suerte que ella le recogiera.

Una gran suerte.

Lucy Carter era una mujer fascinante como pocas.

Cómo le gustaba...

Y parecía que a ella tampoco le desagradaba él.

No tardaría en saberlo.

Sí, porque, encontrándose físicamente casi restablecido, ya podía realizar una intentona con la bella pelirroja.

Y si ella no le rechazaba, el rato podía ser inolvidable.

Deseoso de salir de dudas. Ron Stapley se levantó de la cama y se acercó a la silla en donde descansaba, su ropa.

Toda su ropa, a excepción del *slip*, única prenda que llevaba sobre su cuerpo.

Ron atrapó los pantalones y se los puso, olvidándose por el momento de todo lo demás.

Descalzo, salió de la habitación.

No vio a la cantante.

La puerta del cuarto de baño estaba abierta.

Ron fue hacia él.

No, la pelirroja tampoco estaba allí.

Ron se miró en el espejo del lavabo.

Por un instante, no se reconoció.

Los golpes recibidos la noche anterior tenían la culpa.

El pómulo izquierdo lo tenía totalmente cubierto por una gasa sujeta con tiras de esparadrapo. En el derecho, hinchado todavía, tenía un manchón azulado de considerable tamaño. El moretón de la mandíbula, causado por la patada que le dio Alex en el interior del club, tampoco era ninguna tontería.

Sí.

Su cara, se mirase como se mirase, daba pena.

Lo mejor, pues, era no mirarla.

Y eso fue lo que hizo Ron Stapley: dar media vuelta y salir del cuarto de baño.

Salió también de la casa y se acercó a la barandilla de la pequeña terraza.

Inmediatamente descubrió a Lucy Cárter.

Estaba tendida de espaldas sobre la arena, recibiendo la caricia de los rayos del sol.

Y los recibía prácticamente en todo su cuerpo, pues el bikini que llevaba puesto, de color rojo, le cubría sólo unos pocos centímetros de epidermis.

Los justos, ni uno más.

Ron Stapley, sin dudarle un segundo, descendió la escalera y fue hacia la escultura humana.

Ella no le oyó llegar.

Ron se detuvo a un metro escaso de la cantante y desde allí la

observó con detenimiento, desde el cabello hasta las uñas de los pies, pintadas con esmalte rojo.

¿Sería para hacer juego con el diminuto bikini?

—Qué maravilla... —pensó en voz alta Stapley.

Lucy Cártter abrió los ojos, respingando graciosamente.

—¡Ron! —exclamó, haciendo ademán de incorporarse.

—Espere, no se mueva —rogó Stapley, dejándose caer de rodillas junto a ella.

Entonces, la tomó por los hombros con delicadeza y la besó en los labios, muy tiernamente también.

La cantante no puso objeciones, lo cual hizo pensar a Ron Stapley que tampoco las pondría a lo demás.

Y lo demás vino enseguida.

Ron deslizó sus manos hombros abajo, con intención de acariciar los muchos centímetros de busto que la pieza superior del bikini dejaba al descubierto.

No logró su objetivo, pues la pelirroja le puso las manos en el pecho y lo apartó de ella, con brusquedad.

A Ron le sorprendió la actitud de la cantante.

Y aún le sorprendió más el ver que la pelirroja parecía sofocada.

—¿Por quién me ha tomado, Ron? —dijo ella, sentada va sobre la arena.

Stapley carraspeó.

—Lucy, yo sólo pretendía...

—Sé perfectamente lo que pretendía. Por eso le obligué a apartarse de mí.

—Bueno, es que yo pensé que...

—Sé lo que pensó. Que yo iba a permitírsele todo. Como soy una cantante de club, que sale a actuar luciendo vestidos de generoso escote y aberturas para exhibir las piernas, e incitar al público con sus gestos y la sensualidad de su voz, pues...

Stapley no dijo nada.

—Se equivocó usted, Ron —prosiguió la pelirroja—. Me tomó por lo que no soy. La Lucy Cártter que ve el público, no es la verdadera. Si uso vestidos tan atrevidos, y me muevo como una gata en celo cuando actúo, es porque de otro modo no me contratarían. No canto mal, pero mi voz tampoco es ninguna gran cosa. Me contratan por mi físico, y parte de ese físico estoy obligada

a mostrarlo al público. Sólo así consigo que se fijen en mí, presten atención a mis canciones, y me aplaudan al finalizar mi actuación. ¿Me he explicado con claridad?

—Con meridiana claridad —asintió Stapley, quedamente.

Sobrevino un silencio.

—¿No cree que debería disculparse, Ron...? —sugirió la cantante, en tono menos duro.

—Desde luego. Pero, no sé cómo hacerlo... Después de todo cuanto hizo usted anoche por mí... Estoy avergonzado, Lucy, créame —confesó Stapley, desviando los ojos hacia el mar.

Ella le puso una mano en el hombro y sonrió.

—Le creo, Ron.

Stapley la miró.

—¿Ya no está enfadada?

Lucy Cártter movió la cabeza en sentido negativo.

Stapley también sonrió.

—Es usted un ángel, Lucy.

—No exagere —rió ella.

—Esta vez no exagero.

—¿Cómo se siente, Ron?

—Avergonzado, ya se lo he dicho.

—Me refiero físicamente —aclaró Lucy.

—Oh... —Tosió Stapley—. Bien, me encuentro bien. Mucho mejor de lo que esperaba.

—Dormía tan a gusto, que me dio pena despertarle.

—El haber dormido doce horas seguidas, me ha sentado estupendamente. Y también sus cuidados, desde luego.

La cantante sonrió.

—Cuando regresé con el botiquín, ya se había dormido usted.

—Sí, no pude aguantar más. Estaba deshecho.

—Para que descansara mejor, le quité los zapatos.

—Y los calcetines.

—También.

—Y los pantalones...

Lucy Cártter se ruborizó levemente.

—Me atreví a hacerlo porque pensé que...

—Hizo usted bien, Lucy. Yo nunca duermo con los pantalones puestos.

—No, supongo que no —rió ella.

—¿Puedo hacerle una confidencia, Lucy?

—Claro.

—Se me ha despertado un apetito de león.

—Oh, ahora entiendo por qué quiso devorarme a mí hace unos minutos... —bromeó la pelirroja.

—Por favor, olvide eso —rogó Stapley—. No volverá a suceder, se lo promete.

—Estoy segura de que no —repuso ella, irguiéndose.

Stapley la imitó.

Lucy Cártter se puso una blusa transparente, pasándose tan sólo un par de botones, recogió la toalla sobre la cual había estado tendida al sol, y dijo:

—Venga conmigo, Ron. Le prepararé algo de comer.

—Es usted muy amable, Lucy.

Echaron los dos a andar hacia la casa.

Ron Stapley había dado ya buena cuenta de todo cuanto le había servido Lucy Cártter.

—¿Sigue teniendo apetito, Ron? —le preguntó ella, desde la cocina.

—¡Oh, no! —exclamó él, levantándose de la silla y dejándose caer en el sofá, donde se arrellanó—. He comido más que suficiente, Lucy.

—Entonces, le serviré una taza de café.

—Gracias, me lo tomaré muy a gusto.

Instantes después, Stapley degustaba el excelente café que había preparado la cantante.

Ella se hallaba sentada a su lado, con otra taza en las manos.

Stapley consultó su reloj.

—Son casi las seis... —murmuró.

—Sí.

—Tengo que irme ya.

—¿Irse? ¿Adónde?

—En primer lugar, a ponerme ropa limpia, porque todo lo que llevaba anoche está hecho un asco. Después, iré a visitar a dos buenos amigos míos.

—¿No se estará refiriendo a...?

Stapley dio una cabezada.

—Sí, Lucy, me estoy refiriendo a Alex y Lou, los dos gorilas que me sacudieron anoche.

—No sea loco, Ron. Si va en su busca, le darán otra paliza.

—Esta vez será diferente, Lucy.

—Hágame caso y olvídense de esos tipos.

—No puedo. Me golpearon con saña, sin motivo, y tienen que pagar por ello.

—Espere al menos unos días —aconsejó la cantante—. Usted todavía no está en condiciones, Ron...

Stapley sonrió.

—Me encuentro lo suficientemente fuerte, Lucy.

—Sigo pensando que es una locura, Ron.

—No se preocupe por mí. Sé cuidarme, aunque anoche diera la impresión de que no. Alex y Lou morderán el polvo de la derrota esta vez, se lo prometo.

—Ron...

Stapley se puso en pie.

—¿Le importaría llevarme en su coche a la pensión en donde me hospedo, Lucy?

—No, claro que no.

—Gracias. Voy a terminar de vestirme.

Ron Stapley se introdujo en su cuarto.

Lucy Cárter se levantó del sofá y se introdujo en el suyo, con el semblante preocupado.

CAPÍTULO V

Charles Bevison, el propietario de El Cangrejo, solía llegar al club sobre las ocho de la tarde, acompañado de Glenda Harris, su atractiva amiguita.

Siempre entraban por la puerta de atrás.

Aquella noche, sin embargo, no llegaron a entrar, pues justo en el momento en que se disponían a hacerlo, un tipo surgió de detrás de unos cubos de basura y ordenó:

—¡Quieto, Bevison! ¡Y tú también, morena!

Charles Bevison y su amiguita respingaron a dúo.

Al volverse, descubrieron al tipo que les apuntaba con una pistola de calibre 38.

Era alto, de recia complexión, cabello oscuro, boca grande, nariz ligeramente aplastada. Y tenía huellas de golpes recientes en la cara.

Charles Bevison adivinó inmediatamente que se trataba del tipo que fue vapuleado la noche anterior por Alex y Lou.

—Yo sé quién es usted, amigo —dijo el propietario del club, forzando una sonrisa.

—¿De veras? —repuso Ron Stapley.

—El tipo que anoche tuvo un incidente con dos de mis empleados. ¿Me equivoco?

—No, no se equivoca —gruñó Ron—. Sus gorilas me dieron la gran paliza, aunque no había motivo para ello.

—Eso no puedo creerlo. Alex y Lou no le hubieran golpeado si usted no hubiese causado problemas en el club.

—¡Yo no causé ningún problema! —Se enfureció Stapley. Bevison levantó una mano.

—Está bien, amigo, calma, no se exalte...

—Sólo me calmaré cuando les haya dado su merecido a ese par de bastardos —masculló Ron.

—¿Es eso lo que quiere, vengarse de ellos?

—Sí, van a acordarse de mí el resto de su vida. ¿Sabe lo que voy a hacer con ellos?

—¿Qué?

—Dejarlos cojos de un balazo en la rodilla. Y con usted debería hacer lo mismo, Bevison, por tener empleados en su club a ese par de bestias.

Charles Bevison se estremeció perceptiblemente.

Glenda Harris, cuyo rostro estaba pálido, oprimió nerviosamente el brazo del propietario de El Cangrejo.

—Charles... —musitó, sin apenas voz.

—Tranquilízate, Glenda. El tipo no va a hacerme ningún daño, estoy seguro —dijo, aunque sin demasiada convicción.

—Sí, no tema, usted seguirá sano de las dos piernas —comunicó Stapley—. Pero eso será si me entrega quinientos dólares.

—¿Quinientos dólares?

—Todo lo que llevaba puesto anoche he tenido que tirarlo a la basura. El traje, la camisa, la corbata... Además, sus gorilas se quedaron con mi pistola, una magnífica «Luger»... Todo eso, en conjunto, vale alrededor de quinientos pavos, y usted me los va a dar. ¿Verdad que me los va a dar, Bevison...? —Stapley apuntó con su 38 a la rodilla izquierda del dueño del club.

Charles Bevison sintió un nuevo estremecimiento, y Glenda Harris palideció más.

—Dáselos, Charles. —Aconsejó la atractiva morena, haciendo un gallo con la voz.

—Desde luego —dijo nerviosamente Bevison, y se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

—¡Quieto! —gritó Stapley, apuntándole ahora al pecho con su arma.

Bevison interrumpió su movimiento y empezó a temblar.

Ron Stapley, duramente, inquirió:

—¿Qué iba a hacer, Bevison?

—Sacar... sacar la cartera... balbució el propietario de El Cangrejo, poniendo cara de eso, de cangrejo.

Stapley entornó los ojos.

—¿La cartera o la pistola?

—Yo... yo no llevo pistola...

—¿Seguro?

—Lo juro por mi madre.

—Abrase la chaqueta, vamos —indicó Ron, moviendo el arma—. Pero hágalo con cuidado, ¿eh?

Charles Bevison hizo lo que le pedía Stapley.

Había dicho la verdad, no iba armado.

Ron Stapley se acercó a él y se apoderó de su billetera, la cual abrió. Lanzó un silbido, al ver cinco billetes de mil dólares, diez o doce de cien, y varios de menos valor.

—Aquí hay mucha pasta, Bevison —observó, sonriendo.

El dueño del club no dijo nada.

Stapley cogió cinco billetes de cien dólares y devolvió la cartera al bolsillo de Bevison.

—No quiero aprovecharme, Bevison. Dije quinientos dólares, y quinientos he cogido.

A Charles Bevison le sorprendió la actitud de Stapley, pues él, al igual que Glenda Harris, había pensado que se quedaría con todo el dinero.

—Ahora, Bevison —habló de nuevo Ron—, vamos a entrar los tres en el club, tranquilamente, y nos meteremos en su despacho. Luego, usted llamará a Alex y Lou. Y, cuando aparezcan... —Apretó significativamente la culata de la pistola.

—Usted los dejará cojos a los dos.

—Exacto.

Charles Bevison se humedeció los labios con la lengua.

—Voy a hacerle una proposición.

Stapley entrecerró un ojo.

—¿Qué clase de proposición?

—Olvide sus deseos de venganza y ti abaje para mí.

—¿Trabajar para usted?

—Sí. Le pagaré lo mismo que a Alex y Lou.

—¿Cuánto cobran ellos?

—Doscientos cincuenta dólares semanales. Perciben, además, algunas cantidades extra, en concepto de servicios especiales. ¿Le interesa mi oferta?

Ron Stapley tardó casi treinta segundos en responder.

—Sí, su oferta es interesante, Bevison —dijo, tras haber meditado el asunto—. Y llega oportunamente, pues en estos momentos estoy sin trabajo. Sin embargo...

—¿Si?

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

Charles Bevison exhibió una sonrisa de lo más cordial.

—Puede fiarse, se lo garantizo.

—No sé, no sé... —murmuró Ron, rascándose la oreja con el cañón de la 38—. Podría ser una treta, para recuperar los quinientos dólares que acabo de quitarle.

—Le doy mi palabra de que no. Y Charles Bevison jamás faltó a su palabra.

—Está bien, me fiaré de usted —sonrió levemente Stapley.

—¿Eso quiere decir que acepta mi proposición...? —se alegró Bevison.

—Sí. Pero pongo una condición.

—¿Qué condición?

—Quiero que me deje pelear con Alex y Lou.

—¿Pelear con ellos...?

—Sí; cuando me halle totalmente recuperado de la paliza que me dieron anoche. Pero en igualdad de condiciones, es decir, primero con uno y luego con el otro, no con ambos a la vez.

Charles Bevison se acarició la barbilla.

—Alex y Lou son dos huesos muy duros de roer...

—Tengo buenos dientes —repuso Ron.

Bevison sonrió.

—De acuerdo, si deseas pelear de nuevo con ellos, por mí no hay inconveniente. Tampoco lo habrá por parte de Alex y Lou. Tú dirás cuándo estás en condiciones de enfrentarte a ellos.

—Ya se lo haré saber.

—Aún no me has dicho tu nombre... —observó Bevison.

—Me llamo Ron Stapley.

—¿Qué te parece si guardas tu arma. Ron? —sugirió el dueño de El Cangrejo.

Ron sonrió.

—Sí, creo que ya puedo guardarla —respondió, dejándola en el bolsillo derecho de la chaqueta.

—Buen chico, Ron. Anda, ven conmigo —indicó Bevison,

abriendo la puerta.

Entraren los tres en el club.

Glenda Harris parecía extrañada de que Charles Bevison hubiese ofrecido trabajo a Ron Stapley, y no dejaba de observar a éste.

Ron, por su parte, también dedicó alguna que otra mirada a la apetitosa morena, porque ella se lo merecía.

Llegaron al despacho de Bevison sin tropezarse con nadie.

Antes de entrar, el dueño del club indicó a su amiguita:

—Glenda, busca a Alex y a Lou y diles que vengan a mi despacho. Pero sin mencionar para nada a Ron, ¿entendido?

—Sí, Charles.

—Tú quédate por ahí. Ya te llamaré cuando haya terminado de hablar con ellos y con Ron.

—Muy bien, Charles.

Glenda Harris se alejó, con un sugestivo movimiento de caderas.

—Pasa, Ron —indicó Bevison, abriendo la puerta de su despacho.

Entraron los dos en él.

Charles Bevison cerró la puerta y fue directamente hacia el mueble bar.

—¿Qué prefieres tomar, Ron?

—Un trago de vodka.

Bevison escanció vodka en un par de vasos y ofreció uno de ellos a Stapley.

—A tu salud, Ron.

—A la suya, Bevison.

Acababan de ingerir el primer sorbo de vodka, cuando llamaron a la puerta.

Ron se pasó el vaso a la mano izquierda y se metió la derecha en el bolsillo de la chaqueta.

Bevison rió.

—Tranquilo, Ron. No tienes nada que temer.

—Eso espero —dijo Stapley, sin sacar la mano del bolsillo.

Bevison acudió a abrir.

Alex y Lou aguardaban al otro lado de la puerta.

El primero habló:

—Hola, jefe. Glenda nos dijo que quería usted vernos.

—Así es, muchachos —sonrió Bevison—. Pasad y os presentaré a

un nuevo empleado. Se llama Ron Stapley, y lo conocisteis anoche.

Alex y Lou entraron en el despacho, intrigados.

Al ver a Ron, se quedaron paralizados por la sorpresa.

—¡El tipo con cara de boxeador! —exclamó Alex.

—¡El que se esfumó del callejón! —exclamó Lou—. ¡Vamos por él, Alex, que por lo visto anoche no le dimos bastante!

Los dos matones dieron un paso hacia Stapley.

—¡Quietos, estúpidos! —gritó Bevison, cortándoles el paso—. ¿Es que no oísteis lo que dije? ¡Ron Stapley ya está a mis órdenes, ahora sois compañeros!

Alex boqueó, incrédulo.

—¿De veras ha empleado a este sujeto, jefe...?

—¡Sí, trabajará para mí, como vosotros! En cuanto su cara ofrezca mejor aspecto, naturalmente —puntualizó Bevison, volviéndose hacia Stapley, a quien sonrió—. ¿Cuánto crees que tardarán en desaparecer esas señales, Ron?

—Tres o cuatro días, a lo sumo —respondió Stapley.

—Muy bien. Va puedes irte, Ron. Y no vuelvas por el club hasta que tu cara esté presentable. Cómprate un buen traje con los quinientos dólares que te he dado. Y una buena camisa. También un buen par de zapatos. ¡Ah!, y una corbata más discreta. Esa que llevas no me gusta.

—Entendido, jefe —sonrió Stapley, apurando el vodka de un solo trago.

Dejó el vaso sobre el mueble bar y caminó hacia la puerta.

—Ron... —llamó Bevison.

Stapley se giró.

—¿Sí, señor Bevison?

—¿No olvidas algo...?

—¿El qué?

Charles Bevison fue hacia su mesa, abrió un cajón, y extrajo la «Luger» de Stapley.

—Esto.

Ron se golpeó la frente.

—Qué cabeza la mía —dijo, yendo hacia el propietario del club.

Bevison le entregó el arma, diciendo:

—Llévala siempre encima, Ron.

—Descuide —sonrió Stapley—. Le tengo tanto cariño que hasta

duermo con ella.

Bevison rió.

—¿No es un tipo simpático, muchachos? —dijo, mirando un instante a Alex y Lou.

Éstos no abrieron la boca.

Continuaron mirando a Ron Stapley sin ninguna simpatía.

—Hasta la vista, jefe —dijo Ron, y abandonó el despacho.

Charles Bevison extrajo un cigarro del bolsillo y se lo puso entre los dientes, prendiéndole fuego con su encendedor a gas.

Después de expulsar un nubarrón de humo, miró a Alex y Lou.

—Si tenéis algo que decir, éste es el momento.

Los matones intercambiaron una mirada.

Fue Alex quien se atrevió a decir:

—No debió usted ofrecer trabajo a ese tipo, jefe.

—¿Por qué?

—Es un desconocido, no podemos confiar en él.

—A mí me inspira confianza. Y es un tipo con agallas. ¿Sabéis qué condición puso, para aceptar mi proposición? Que le permita pelear con vosotros nuevamente. Cuando esté totalmente recuperado de los golpes de anoche, claro.

Alex y Lou sonrieron.

—Pobre Ron... —dijo el primero.

—Lo van a tener que recoger con una pala —añadió Lou.

—No pienso perderme esa nueva pelea, muchachos. Presiento que va a ser muy interesante... —dijo, y se llevó el cigarro a la boca.

CAPÍTULO VI

Cuatro días después de que Charles Bevison le propusiera trabajar para él, Ron Stapley se presentaba de nuevo en El Cangrejo, mucho mejor vestido que entonces y sin apenas rastro de señales en el rostro.

Entró por la puerta de atrás y fue directamente al despacho de Bevison.

Dio unos golpes con los nudillos y esperó.

La puerta no tardó en abrirse, dejando ver al dueño del club.

Stapley sonrió.

—Hola, jefe.

Bevison sonrió también, con más amplitud.

—Ron, muchacho...

—Mi cara ya está presentable. Y visto tan bien como Alex y Lou.

¿Puedo empezar a trabajar?

Charles Bevison ensombreció el rostro.

—Has llegado muy oportunamente, Ron.

—¿Qué ocurre, jefe? ¿Algún problema? —preguntó Stapley.

Bevison asintió con la cabeza.

—Y muy gordo, muchacho.

—Si puedo hacer algo por solucionarlo, jefe, ya sabe que...

—Sí que puedes, Ron.

—Entonces, cuente conmigo.

Charles Bevison sonrió ligeramente.

—Pasa, Ron, y te pondré al corriente de lo que ocurre.

Stapley entró en el despacho.

Bevison cerró la puerta.

—¿Quieres tomar algo, Ron?

—Probaré su *whisky*.

—Es de lo mejor.

—Ya lo suponía —sonrió Stapley—. Por eso quiero probarlo.

Charles Bevison fue hacia el mueble bar, tomó la botella de *whisky* escocés, y escancié en un par de vasos.

—¿Solo, Ron?

—Con hielo, por favor.

Bevison echó un par de cubitos de hielo en cada vaso y regresó junto a Stapley, entregándole uno de los vasos.

—Sentémonos, Ron.

—Buena idea.

Se dejaron caer los dos en el sofá.

—Soy todo oídos, jefe.

Bevison llenó sus pulmones de aire, lo expulsó poco a poco, y luego dijo:

—Se trata de Glenda, Ron.

—¿Glenda?

—Me la está pegando.

—¿Con otro?

—Con otros.

—Ya me parecía a mí que esa morenaza era pura dinamita... —murmuró Stapley.

Bevison esbozó una sonrisa.

—Te equivocas, Ron.

Stapley pareció desconcertarse.

—¿Quiere decir que Glenda no es una mujer ardiente?

—Oh, sí, va lo creo. Es una antorcha... Pero, al decir que me la está pegando, no me refería a que ella mantuviese relaciones íntimas con otros hombres. Mantiene relaciones, sí, pero no de esas.

—¿De cuáles, entonces?

—Profesionales, podríamos decir... Pero no, no es ésa la expresión correcta. Si digo que Glenda es una espía, me ajusto más a la realidad.

Ron Stapley pestañeó.

—¿Una espía...?

Charles Bevison se arrellanó en el sofá, tomó un sorbo de *whisky*, y miró a Stapley.

—Cuando te propuse que trabajaras para mí, te dije que te pagaría lo mismo que a Alex y Lou: doscientos cincuenta dólares

semanales.

—Así es.

—También te dije que ellos percibían, además, algunas cantidades extra, en concepto de servicios especiales... ¿Lo recuerdas?

—Perfectamente —asintió Ron.

—¿Sabes a qué me refería cuando dije «servicios especiales»?

—Ni idea.

—Al tráfico de drogas.

Ron Stapley se quedó mirando fijamente al propietario de El Cangrejo, pero no hizo ningún comentario.

—¿Sorprendido, Ron? —preguntó Bevison.

—Un poco.

Charles Bevison sonrió.

—Sabía que un tipo como tú no se sorprendería demasiado ante una revelación como la que acabo de hacerte. Apostaría, incluso, a que ya te has visto alguna vez metido en esto de las drogas.

—Alguna vez —admitió Stapley.

Bevison le dio una palmada en la rodilla.

—Estaba seguro, muchacho. Un tipo que no se desprende de su «Luger» ni para dormir, tiene que haber estado metido en muchas cosas.

—Bastantes —sonrió Stapley.

—Magnífico. Bien, como te decía, Glenda es una especie de espía, pues toda la información que obtiene aquí, la transmite al jefe de otro grupo de traficantes de drogas. Esta misma tarde lo he descubierto.

—Diablos con la morenaza... —rezongó Ron. Bevison explicó:

—Últimamente, algunos de los envíos de mercancía que debíamos recibir, para proceder a su distribución, fueron interceptados de forma misteriosa, ocasionándonos graves pérdidas. Ahora ya no hay tal misterio, claro. Glenda tiene la culpa de que esos envíos no llegasen a nuestro poder.

—¿Dónde está ahora? —inquirió Stapley.

—¿Glenda?

—No tardará en llegar.

—¿Ella no sabe todavía que usted...?

—¿Que la he descubierto?

—Sí.

—No, no lo sabe. Si lo supiera, no volvería por aquí. —Claro. Hubo una pausa.

Ron Stapley tomó un trago de *whisky*.

—¿Qué piensa hacer con ella? —preguntó después—. Matarla. Stapley no pudo reprimir un ligero respingo.

—¿Matarla? —repitió, con voz queda.

—Sí, Ron. Y tú vas a encargarte de ello.

* * *

Ron Stapley apuró el *whisky* de un solo trago.

—¿Tengo que hacerlo precisamente yo?

Charles Bevison dijo que sí con la cabeza.

—Tú, Ron.

—¿Por qué no le encarga el «trabajito» a Alex? O a Lou... Bevison sonrió.

—Prefiero que lo hagas tú. Ron. ¿Y sabes por qué? —No...

—Pienso pagar mil dólares por acabar con Glenda, y quiero que te los ganes tú. Te hacen más falta que a ellos.

Stapley bajó la mirada.

—Si se tratara de un hombre, no tendría ningún inconveniente, pero, tratándose de una mujer, y tan hermosa, además...

—Es una traidora, Ron. Una perra traidora.

—Lo sé, pero...

—Acabarás con ella, Ron. Esta misma noche. En este mismo despacho. En cuanto llegue, os dejaré solos con cualquier pretexto. No utilices la «Luger». Utiliza las manos. Las tienes fuertes. No te será difícil estrangularla. Alex y Lou se encargarán de hacer desaparecer su cadáver.

Ron Stapley pareció que iba a poner alguna objeción, pero el gesto autoritario del propietario de El Cangrejo le hizo desistir.

—¿Puedo servirme otro trago de *whisky*, jefe? —preguntó.

—Desde luego —sonrió Bevison.

Stapley se levantó y se acercó al mueble bar, atrapando la botella de escocés.

Justo en el momento en que se servía la segunda ración, se abrió la puerta y Glenda Harris penetró en el despacho.

—Oh... —exclamó quedamente la morena, al descubrir a Ron Stapley—. Pensé que estarías solo, Charles —dijo, a modo de disculpa.

Bevison se levantó del sofá.

—No importa, Glenda, puedes quedarte —autorizó; sonriendo con gran naturalidad—. Ron y yo no estábamos hablando de nada que tú no puedas escuchar.

—En ese caso...

—Ron, sírvele una copa a Glenda.

—¿*Whisky*? —preguntó Stapley, mirando a la morena.

—Con un poco de soda, por favor —indicó ella, despojándose del chal blanco que cubría sus desnudos hombros.

Lucía un precioso vestido de noche, de amplio escote, con una abertura frontal.

—Te dejo unos minutos a solas con Ron, Glenda —dijo Bevison, depositando su vaso sobre la mesa—. Tengo que decirle algo a Alex.

—Está bien, Charles.

Bevison fue hacia la puerta.

Antes de abrir, se volvió hacia Ron Stapley y le apuntó con el dedo, diciendo:

—No te acerques demasiado a Glenda, ¿eh. Ron? Ella es exclusivamente para mí, no lo olvides nunca.

—No lo olvidaré, jefe —repuso Stapley, con una leve sonrisa.

Charles Bevison salió del despacho, riendo.

Glenda Harris fue hacia el sofá y se sentó en él, cruzando las piernas.

Y las cruzó de un modo que...

Ron Stapley, tras dirigir una larga mirada a los esbeltos muslos de la morena, preparó el *whisky* con soda y se acercó a ella.

—Tu bebida, Glenda —dijo, alargándole el vaso.

Ella lo cogió.

—¿Por qué me tuteas?

—¿Te molesta?

—No; me agrada —respondió la amiguita de Bevison—. Y tampoco me disgustaría que te sentases a mi lado... —añadió, sonriendo atrevidamente.

Stapley se sentó al lado de la morena.

—Más cerca, Ron... —pidió ella.

—¿Es que no oíste lo que dijo Bevison?

—Sí, no estoy sorda. Pero yo no siempre hago caso de lo que dice Charles Bevison.

—Yo, sí.

Glenda Harris dejó el vaso sobre la mesa.

Luego, se apoderó del de Stapley e hizo lo propio con él.

A continuación, le rodeó el cuello con sus cálidos brazos y ronroneó:

—Bevison tardará unos diez minutos en regresar.

—Ron... Tenemos tiempo para darnos unos besos. ¿No te apetece besarme...? —Formó un delicioso morrito con los labios.

—¿Te apetece a ti besarme a mí?

—Oh, sí, no sabes cuánto.

—No soy un tipo apuesto, Glenda.

—Pero tienes un aspecto tan viril, que todo mi cuerpo se estremece sólo de pensar lo que debe ser una noche de amor contigo...

—Ya.

—Bésame, Ron. Con mucha pasión...

Stapley, en lugar de besarla, la cogió del cuello, con ambas manos, y comenzó a presionar con los pulgares.

CAPÍTULO VII

En los ojos de Glenda Harris, agrandados, se reflejó el estupor.

—¡Ron...! —gritó, ahogadamente, porque la presión que sobre su cuello ejercían los fuertes dedos de él, impedían el normal paso de la voz—. ¡Me haces daño, Ron...!

Ron Stapley siguió apretando, impasible.

El rostro de la morena comenzó a congestionarse.

—¡Charles...! —llamó.

La puerta se abrió de golpe, dando paso a Charles Bevison, Alex y Lou.

—¡Basta, Ron! ¡Suéltala ya! —ordenó el dueño de El Cangrejo.

Stapley le miró, desconcertado.

Había dejado de presionar sobre el cuello de Glenda, pero seguía rodeándolo con sus manos.

La morena logró soltarse, saltó del sofá, y corrió hacia Charles Bevison, a quien se abrazó.

—¡Qué rato tan horrible he pasado, Charles!

—Tranquila, Glenda —dijo Bevison, dándole unas palmaditas en la espalda.

—¡No vuelvas a pedirme en tu vida que me preste a una cosa así, Charles! ¡Ese tipo ha estado a punto de...! —La morena miró a Stapley.

Bevison sonrió.

—No digas tonterías, Glenda. No corrías ningún peligro, y tú lo sabes. Te dije que Alex, Lou y yo irrumpiríamos en el despacho en el instante justo, y así ha sido.

Glenda Harris se masajeó el enrojecido cuello.

—Si tardáis unos segundos más en aparecer, me encontraréis cadáver... ¡Cómo apretaba, el muy salvaje!

Bevison rió.

—Ron se ha comportado como yo esperaba. Y tú también has estado muy bien, Glenda. Eres una actriz estupenda. Luego te recompensaré. Ahora, déjanos solos. Ron no entiende nada de lo que está pasando, y voy a tener que explicárselo, para que su cerebro no estalle.

La morena salió del despacho.

Ron Stapley se puso en pie.

—No es necesario que me explique nada, señor Bevison —dijo, con el ceño fruncido—. Todo está muy claro.

—¿De veras. Ron...? —sonrió Bevison, acercándose a él.

—Usted y Glenda han representado una farsa, cuyo único objeto era probarme.

—Así es. Ron —admitió el propietario del club, palmeándole el hombro.

—No me ha hecho ninguna gracia su broma, sépalo.

—Oh, vamos, Ron, no debes enfadarte...

—¿No?

—Claro que no, muchacho. Tienes que comprender mi situación... Estoy metido en el tráfico ilegal de drogas, y hay que desconfiar, al menos en principio, de todo el mundo, cuando se negocia en asuntos perseguidos por la ley... Tú eras prácticamente un desconocido para nosotros, no sabíamos nada de ti. Sólo que llevabas una «Luger» bajo la axila izquierda. Tenía que ponerte a prueba, Ron, para averiguar si, en efecto, eras la clase de individuo que yo pensaba.

—Yo confié en usted, ¿no? —recordó Stapley—. Y sin someterle a ninguna prueba.

—No es lo mismo, Ron...

—Yo no veo la diferencia por ninguna parte, señor Bevison.

—Pues la hay, muchacho, no lo dudes. Tú, al confiar en mí la otra noche, sólo te exponías a perder los quinientos dólares que me habías cogido de la cartera y recibir una segunda paliza.

—¿Le parece poco?

—Comparado con lo que yo hubiera perdido, caso de que tú hubieras sido un policía en lugar de lo que parecías, sí, me parece muy poco.

—¿Un policía, yo...?

—Ahora ya sé que no lo eres, porque un policía no aceptaría estrangular a nadie, por mucho que ello fuese en beneficio del éxito de su misión. Y de que tú estabas dispuesto a estrangular a Glenda, no hay ninguna duda. Como ella dijo, si tardamos unos segundos más en aparecer, la encontramos cadáver.

Ron Stapley guardó silencio.

Bevison volvió a palmearle el hombro.

—Olvida lo sucedido, Ron. ¿Lo harás?

—Sí, creo que será lo mejor —respondió Stapley, esbozando una sonrisa.

—¡Así me gusta, muchacho!

Alex tosió, tratando de llamar la atención de Charles Bevison.

Lo logró, pues el dueño del club se volvió hacia él.

—¿Quieres algo, Alex?

—Nada, jefe. Si acaso, preguntarle a Ron si ya está en condiciones de pelear de nuevo con nosotros...

—Lo estoy —respondió Stapley.

—Entonces, ¿a qué esperamos? —dijo Lou, golpeándose la palma de la mano izquierda con el puño diestro.

—Eso digo yo —sonrió Alex, imitando a su compañero.

—Pues yo no digo otra cosa —masculló Stapley, haciendo ademán de quitarse la chaqueta.

—Espera, Ron —le detuvo Bevison.

—Ninguno de los tres desea esperar, ya lo ha oído —dijo Stapley.

—Pues no tendréis más remedio que esperar, porque así lo quiero yo.

—Jefe, deje que... —insistió Alex.

—¡He dicho que no! —gritó Bevison, ceñudo—. Mañana recibiremos un nuevo envío de mercancía, y quieto que los tres estéis en perfectas condiciones físicas, para proceder a su distribución. Cuando hayáis terminado el trabajo, podréis pelear.

—Está bien, jefe —asistió Alex, de mala gana.

—Como usted diga —rezongó Lou.

—Podéis marcharos —indicó Bevison.

Alex y Lou abandonaron el despacho.

Ron Stapley preguntó:

—¿Qué hago yo, jefe?

—Recorrer el club, para familiarizarte con el local y la totalidad de los empleados. Pero sin buscarles las cosquillas a Alex y Lou, ¿entendido? —advirtió Bevison.

Stapley sonrió.

—Descuide, jefe. No peharemos hasta que usted lo autorice —prometió, y salió del despacho.

CAPÍTULO VIII

Lucy Carter estaciono su «Dodge» azul celeste cerca de El Cangrejo.

Como el resto de los artistas y empleados del club, utilizó la puerta de atrás para entrar en él.

Segundos después, penetraba en su camerino.

Dejó el bolso sobre el pequeño tocador y procedió a cambiarse de ropa, para lo cual se situó detrás de los bastidores del artístico biombo.

En ello estaba, cuando llamaron a la puerta.

La pelirroja se extrañó, pues aún faltaba media hora para su primera actuación de aquella noche.

Atrapó su bala de seda y cubrió con ella su cuerpo, prácticamente desnudo en aquellos momentos, ya que sólo conservaba la prenda más íntima.

Salió de detrás del biombo, se acercó a la puerta y abrió.

Dio un fuerte respingo al ver a Ron Stapley.

—¡Ron...!

—¿Qué tal, Lucy? —saludó Stapley, sonriendo.

La cantante, después de mirar a un lado y otro del estrecho corredor, le atrapó de un brazo y tiró de él, introduciéndolo en el camerino, cuya puerta se apresuró a cerrar, echando el pasador.

Stapley la miró, con extrañeza.

—¿Qué ocurre, Lucy...?

—¿Y es usted quien lo pregunta? —repuso ella, visiblemente nerviosa.

—Lucy...

—¿Cómo se ha atrevido a llegar hasta aquí?

Stapley sonrió.

—Voy a darle una sorpresa, Lucy.

—¿Otra?

—Trabajo en El Cangrejo.

—¿Qué...? —exclamó la pelirroja, agrandando los ojos.

—Charles Bevison me ofreció un empleo. Sucedió la otra noche, cuando vine a ajustarles las cuentas a Alex y a Lou. No llegué a pegarme con ellos, pues me tropecé antes con Bevison —explicó Stapley.

—¡Qué suerte!

—¿Que Charles Bevison me ofreciera un empleo?

—¡Que no llegara a pegarse con Alex y Lou! Y también que el señor Bevison le ofreciera un empleo en el club, naturalmente.

—Con Alex y Lou me pegaré un día de éstos, tal vez mañana —rezongó Stapley—. No he olvidado la paliza que me dieron.

—Pues debería olvidarla, Ron.

—No puedo.

—Ahora son ustedes compañeros de trabajo...

—Eso no cambia las cosas. Les partiré la cara a los dos en cuanto tenga la oportunidad.

Lucy Cártter levantó la mano y pasó los dedos por el pómulos derecho de Stapley.

—La suya ha quedado como nueva, Ron...

Stapley le cogió la mano y se la besó.

La cantante rescató su mano, con suavidad, y compuso un hociquito de enfado.

—No sé por qué me preocupo por usted, Ron. No se lo merece.

—¿Por qué dice eso?

—Esperaba que volviera por mi casa, pero no se molestó en visitarme. Y, después de lo que hice por usted, creo que...

Ron Stapley sacudió la cabeza afirmativamente.

—Tiene usted toda la razón, Lucy. Debí volver por su casa, y si no lo hice, no fue por falta de ganas, sino todo lo contrario: por excesivas ganas.

La pelirroja pestañeó.

—¿Excesivas ganas?

—Es usted una chica preciosa, Lucy, y a mí me guía con locura.

—Gracias, pero...

Stapley explicó:

—Si hubiera vuelto por su casa, y me la hubiese encontrado de

nuevo con aquel bikini tan tentador, estoy seguro de que, pese a la promesa que le hice, no habría podido resistir la tentación de besarla y acariciarla. Por eso no volví, aunque me moría en deseos de hacerlo, como ya le he dicho. Hubiera sucedido lo mismo que sucedió en la arena, aquella tarde, y usted se habría enfadado de nuevo conmigo, seguramente, de forma definitiva. Y con razón...

Lucy Cártter sonrió encantadoramente.

—¿De veras no es usted capaz de dominar el deseo cuando se encuentra a solas con una chica bonita, Ron?

—Me temo que no, Lucy. Sobre todo, si la chica es tan maravillosa como usted...

—Tal vez no debería, pero el caso es que me siento muy halagada, Ron —confesó la cantante.

—Y yo muy incómodo —murmuró Stapley, mirándose las puntas de los zapatos.

—¿Le vienen estrechos?

—¿Cómo?

—Los zapatos, que si le vienen estrechos...

Stapley volvió a mirárselos.

—Oh, no, me vienen estupendamente, son de mi número.

—Entonces, ¿por qué dice que se siente incómodo?

Stapley sonrió nerviosamente.

—No me refería a los zapatos, Lucy. Me siento incómodo porque ardo en deseos de besarla, pero no me atrevo, porque tengo miedo de que usted me mande al cuerno para siempre...

—¿Se siente capaz de besarme, sin ofenderme? —preguntó ella, coquetamente.

—Seguro.

—Entonces, le autorizo a hacerlo.

Ron Stapley se puso las manos a la espalda y besó suavemente los sensuales labios de la pelirroja.

—Qué beso más decente, ¿verdad? —dije después, sonriendo.

Ella también sonrió.

—Muy decente, Ron. Tal vez demasiado...

—¿Usted cree?

—Que un hombre bese a una mujer, con las manos a la espalda, es el colmo de la decencia... ¿No le parece?

—Estamos de acuerdo, Lucy —dijo Stapley, enlazándola por la

cintura, con mucha decisión.

Con más decisión aún, la besó de nuevo en los labios.

Fue un beso largo y ardoroso, lleno de pasión.

Cuando separaron sus bocas, Ron Stapley preguntó:

—¿Mejor ahora, Lucy?

Ella le sonrió.

—Evidentemente, Ron. Así es como un hombre debe besar a la mujer que le gusta.

—¿Quiere decir eso que ya puedo volver por tu casa sin temor alguno?

—Siempre que quieras, Ron.

—Mañana mismo.

—Tráete el bañador y nadaremos juntos —sugirió Lucy.

—Excelente idea.

Stapley quiso besar otra vez a la cantante, pero ella no le dejó.

—Debes irte, Ron.

—¿Por qué tanta prisa?

—Si Charles Bevison se entera de que has estado en mi camerino, tendrás problemas.

—¿Problemas? —repitió Stapley, frunciendo el entrecejo.

—Charles Bevison ha puesto los ojos en mí.

—¿Que ha...?

—Desde el primer día.

—¿Ha intentado propasarse?

—No, sólo se ha limitado a insinuarme que, si yo me mostrara complaciente con él, mejoraría considerablemente las condiciones económicas de mi contrato y lo prorrogaría todo el tiempo que yo quisiera.

—Qué zorro. ¿Y tú...?

—Con mucho tacto, porque me interesa seguir trabajando en El Cangrejo, le he hecho ver que no soy de esa clase de chicas.

—¿Y cómo lo aceptó él?

—Bien. No obstante, insiste continuamente, con la esperanza de convencerme.

—Espero que no lo logre.

—De eso puedes estar seguro —sonrió Lucy—. A propósito, ¿sabe Charles Bevison que yo te recogí del callejón y te llevé a mi casa, para atenderte?

—No, no se lo he dicho.

—Mejor que no lo sepa. Podría...

Unos discretos golpes, dados en la puerta del camerino, fueron la causa de que Lucy Cárter se interrumpiera.

—Están llamando, Ron... —dijo la cantante, en voz baja.

—Sí, ya lo he oído. ¿Quién crees que pueda ser?

—No lo sé. Tal vez Donald Morris...

Donald Morris era el tipo delgado que, vistiendo impecable *smoking*, presentaba a los artistas al público.

Ron ya lo conocía, se habían saludado un rato antes.

—¿Qué hago, Lucy?

—Ocúltate detrás del biombo —indicó ella—. No quiero que nadie te vea en mi camerino.

Ron se escondió al otro lado de los bastidores.

Lucy abrió la puerta.

Respingó ligeramente al ver que no se trataba de Donald Morris, sino de Charles Bevison.

—Señor Bevison... —murmuró.

—Buenas noches, Lucy —dijo el propietario de El Cangrejo, sonriente, y antes de que la cantante pudiera impedirlo, se introdujo en el camerino.

Ella se volvió hacia él.

—¿Qué es lo que quiere, señor Bevison?

—En primer lugar, que cierres la puerta, Lucy. Podría entrar alguna mosca —respondió Bevison, irónico.

«Una mosca, no; un moscón. Y ya está dentro», pensó Ron Stapley, silencioso como un gato detrás del biombo.

Lucy Cárter cerró la puerta y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ya está cerrada, señor Bevison —suspiró pacientemente.

—Excelente. Ahora, ya podemos hablar con absoluta tranquilidad —dijo él, dando un paso hacia ella.

Si hubiera dado dos, habría chocado con la cantante, pues con sólo uno quedó muy cerca de ella.

Lucy le puso una mano en el pecho.

—No es necesario que se acerque tanto, señor Bevison.

—Me gusta estar cerca de ti, ya lo sabes.

—Estoy un poco resfriada, y podría contagiarle.

—Sería un contagio delicioso, estoy seguro.

—Señor Bevison, por favor...

—Lucy, si tú quisieras...

Al ver que Charles Bevison se disponía a abrazarla, Lucy Cárter se escabulló hábilmente.

—Señor Bevison, tiene que salir del camerino.

—Si acabo de entrar...

—Faltan sólo unos minutos para mi primera actuación de esta noche, y todavía tengo que vestirme.

Charles Bevison, en lugar de abandonar el camerino, se sentó en la banqueta del tocador y montó una pierna sobre la otra.

—Puedes empezar a vestirme, Lucy —indicó, sacando un cigarrillo del bolsillo de la chaqueta.

La cantante respingó.

—¿Con usted en el camerino?

—Para algo sirven los biombos, ¿no? —repuso Bevison.

—¡En este caso, para nada! —Se le escapó a Lucy, recordando que Ron Stapley estaba tras los bastidores.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso temes que, cuando te quites la bata, me levante de la banqueta y asome la cabeza por encima del biombo...? Yo soy un caballero, Lucy...

—No lo dudo, señor Bevison. Por eso le pido que salga de mi camerino y deje que me vista tranquilamente.

—Insisto en que puedes vestirme con toda tranquilidad detrás del biombo.

—No.

—Te prometo que no me moveré de la banqueta hasta que no estés completamente vestida.

—Y yo le creo. Pero...

—Eh, Lucy. ¿No será que escondes a alguien en el biombo...? —sonrió astutamente Bevison.

—Qué disparate —respondió nerviosamente la pelirroja.

—Me aseguraré —dijo Bevison, haciendo ademán de levantarse de la banqueta.

—Quédese sentado —ordenó Lucy, pasando al otro lado del biombo. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Si Charles Bevison miraba detrás del biombo...

Ron Stapley estaba en cuclillas, pegado a los bastidores.

Lucy le miró sólo un instante y luego fijó los ojos en Charles

Bevison.

Éste preguntó:

—¿Temes que descubra al tipo que tienes escondido en el biombo...?

—Usted sabe que no tengo escondido a nadie. Lo que quiere es tener una excusa para acercarse a mí. Y me prometió que no lo haría, ¿recuerda?

—Yo siempre cumplo mis promesas, Lucy. Por eso me quedaré sentado en la banqueta hasta que acabes de vestirme.

—Así lo espero —repuso la cantante, que no las tenía todas consigo.

Bajó un instante la mirada.

Sus ojos y los de Ron Stapley volvieron a encontrarse.

A él parecía divertirle mucho aquella situación.

Lucy le cogió del pelo y le obligó a girar la cabeza hasta pegar la nariz a uno de los bastidores.

Entonces, se quitó la bata y la dejó sobre el biombo, atrapando a continuación el vestido con el que tenía que salir a actuar, el de impresionante escote y larguísima abertura lateral.

Miró a Ron Stapley.

Seguía con la nariz pegada al bastidor.

Buen chico.

Lucy miró a Charles Bevison.

Seguía sentado en la banqueta.

Buen chico también.

Lucy procedió a ponerse el vestido.

Fue entonces cuando, al mirar de nuevo a Ron Stapley, sorprendió a éste observándola por el rabillo del ojo izquierdo.

Stapley dejó de observarla al instante, pero ya era tarde, había sido descubierto.

Lucy le atrapó una patilla y tiró hacia arriba, pero lo hizo con tanto disimulo, que Charles Bevison no pudo ni siquiera sospechar lo que realmente estaba ocurriendo tras el biombo, pues daba la impresión de que la cantante estaba subiéndose una media.

Ron Stapley arrugó la cara y apretó los dientes con fuerza, para no gritar y delatarse él y delatar también a la pelirroja.

Ella le soltó por fin la patilla y como con la otra mano había acabado de ponerse el vestido, salió de detrás del biombo, dejando

a Ron con la mano sobre la patilla castigada.

Charles Bevison observó a la cantante, de arriba abajo.

—Tan maravillosa como siempre, Lucy.

Ella sonrió.

—Muchas gracias, señor Bevison —dijo, y fue hacia la puerta.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —preguntó el dueño del club, brincando de la banqueta.

—Es mi hora de actuar, señor Bevison —explicó la cantante, abriendo la puerta y saliendo del camerino.

—¡Lucy...! Maldita sea la... —rezongó Charles Bevison, saliendo también del camerino.

Unos minutos después, era Ron Stapley quien salía.

Frotándose la patilla, porque todavía le escocía.

Pero había valido la pena.

¡Vaya si había valido la pena!

CAPÍTULO IX

El reloj de Ron Stapley señalaba las diez en punto, de la mañana, cuando éste entró en El Cangrejo.

A esa hora le había ordenado Charles Bevison, la noche anterior, que se presentase en el club.

Ron fue al despacho de Bevison.

Con el dueño de El Cangrejo, estaban también Alex y Lou.

Ya debían de haberlo hablado todo, porque Charles Bevison, apenas llegar Ron, indicó:

—En marcha, muchachos. Y mucho cuidado, ¿eh?

—Siempre lo tenemos, jefe —repuso Alex.

—Ya lo sé —sonrió Bevison—. Pero no está de más recordarlo. Hale, al trabajo.

—Vamos, Lou.

—Lou y Ron —corrigió Bevison.

—Sí, claro —rezongó Alex—. Lou y Ron.

—Hasta luego, muchachos.

Alex, Lou y Ron abandonaron el despacho.

Salieron del club, sin pronunciar palabra.

Alex y Lou se dirigieron hacia un «Chevrolet» gris. Ron les siguió, empezando a sentir complejo de perro.

Alcanzaron el «Chevrolet».

Alex se sentó al volante y Lou lo hizo a su lado. Ron se sentó en el asiento de atrás.

Alex puso el coche en movimiento.

—¿Adónde nos dirigimos? —preguntó Ron.

—Ya lo sabrás —gruñó Alex.

—¿No me lo podéis decir ahora?

—Podemos, pero no queremos —respondió Lou.

—Qué tipos tan simpáticos...

—No nos caes bien, Ron —dijo Alex.

—Peor me caéis vosotros a mí, y no tengo más remedio que soportaros —replicó Stapley.

Lou giró la cabeza.

—Cuando acabemos el trabajo, vas a saber lo que es bueno.

—Esta vez llevaréis vosotros la peor parte, bastardos.

Lou lanzó una carcajada burlona.

—Te vamos a dejar tan triturado, que tendrán que recogerte con papel secante.

—A vosotros sí que os voy a secar yo, pero va a ser a puñetazos. Y a patadas, que no solamente vosotros domináis el arte del patadón.

—Pobre ingenuo... —rió Alex.

Lou también rió.

Ron extrajo un paquete de cigarrillos y se puso uno en los labios, prendiéndole fuego con un fósforo, el cual, aún sin apagar, arrojó intencionadamente sobre la cabeza de Lou.

Éste se lo quitó de un zarpazo, apagándolo.

—¡Te voy a hacer trizas, hijo de perra! —barbotó, haciendo ademán de saltar al asiento de atrás.

—¡Quieto, Lou! —ordenó Alex, agarrándolo por un brazo.

—¡Me ha arrojado una cerilla encendida a la cabeza, Alex! —rugió Lou.

—¡Ya lo he visto! Pero el jefe dijo que nada de peleas hasta después de finalizado el trabajo, y tenemos que obedecer. Ya sabes cómo las gasta Charles Bevison.

—Sí, tienes razón... —asintió Lou, procurando calmarse—. Aunque no sé si podré contenerme.

—Será mejor que te olvides de él —aconsejó Alex—. Como si no existiera.

—Seguiré tu consejo —gruñó Lou.

Ron Stapley sonrió.

Sin embargo, no volvió a meterse con la pareja de gorilas.

* * *

Unos veinte minutos después de haber dejado El Cangrejo, Alex

detuvo el «Chevrolet» cerca de un embarcadero.

Alex y Lou salieron del coche.

Ron les imitó.

La pareja de matones echaron a andar hacia una motora.

Ron fue tras ellos, sintiendo que su complejo de perro aumentaba.

Subieron los tres a la motora.

Alex la puso en marcha.

La motora empezó a alejarse del embarcadero, ganando rápidamente velocidad.

—Con cuidado, Alex, que no sé nadar —dijo Ron.

Alex y Lou se miraron, con un brillo significativo en los ojos.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Lou?

—Estoy seguro de que sí, Alex.

—Lástima que no podamos hacerlo, ¿verdad?

—Sí, es una pena, porque sería la mar de divertido.

Ron Stapley sonrió.

—Os agradecería arrojar me al agua, ¿verdad?

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Alex, irónico.

—Perderíais el tiempo, porque no es cierto que no sepa nadar.

Mark Spitz, a mi lado, necesita corchos para mantenerse a flote.

Los matones no rieron el chiste de Ron.

Unos minutos después, Alex dirigía la motora hacia un islote.

Redujo la marcha, y la motora alcanzó suavemente la playa.

Alex paró el motor.

Lou ató la motora a una roca, la misma que utilizaron los tres para ganar la arena sin necesidad de mojar se los pies.

—Es un bonito lugar... —comentó Ron, observando a su alrededor—. Si lo llego a saber, me traigo el bañador y me doy un chapuzón.

Lou lo fulminó con la mirada.

Alex consultó su reloj digital.

—No tardarán en llegar —murmuró, mirando hacia arriba.

Lou también observó el cielo, completamente azul, sin una sola nube.

Ron, para no ser menos, también levantó la cabeza.

—¿Os referís a las gaviotas, muchachos? —preguntó, con evidente ironía.

—¡Nos referimos a tu padre! —estalló Lou, apretando los puños rabiosamente.

Ron endureció las facciones.

—A mi padre no vuelvas a mencionarlo tú, cara de morsa.

—¡Te voy a...!

Alex tuvo que sujetar con ambos brazos a su compañero, para que éste no se lanzara sobre Ron.

—Calma, Lou.

—¡No puedo aguantar a este tipo, Alex! ¡Cada vez que abre la boca es para...!

Lou se interrumpió, al detectar el ruido de un motor.

Alex y Ron también lo oyeron.

Los tres levantaron la cabeza al mismo tiempo.

Un helicóptero se acercaba.

—Qué gaviota más grande. —Murmuró Ron, que seguía con ganas de pinchar a Lou.

Éste, sin embargo, logró dominarse, ayudado sin duda por la aparición del helicóptero.

Instantes después, el aparato se posaba en la playa, levantando una nube de arena.

Las hélices fueron perdiendo impulso.

Cuando el remolino de arena se disipó, el tipo que viajaba al lado del piloto abrió la portezuela y saltó al suelo, portando un maletín negro.

El individuo, de mediana estatura, pero ancho de hombros y pecho musculoso, se aproximó a Alex, Lou y Ron.

—¿Qué tal, Jeff? —sonrió Alex, tendiendo la mano al tipo del maletín.

—Hola, Alex —respondió el sujeto, estrechando la diestra del gorila.

También estrechó la mano de Lou.

Después, y observando con desconfianza a Ron, inquirió:

—¿Quién es éste?

—Un nuevo empleado —informó Alex—. Bevison lo contrató hace unos días.

—¿Cómo se llama?

—Ron Stapley —respondió el propio Ron, alargando la mano hacia el individuo del maletín.

Éste se la estrechó, con cierto recelo.

—¿Has traído la mercancía, Jeff? —inquirió Alex.

—Sí, aquí está —respondió Jeff, entregándole el maletín—. Seis bolsas, como de costumbre.

—Veamos —dijo Alex, dejando el maletín sobre la arena.

Lo abrió.

Seis bolsas de plástico, conteniendo un polvo blanquísimo, quedaron a la vista.

Heroína.

Heroína pura.

Alex cerró nuevamente el maletín, lo atrapó por el asa, y se irguió.

—Perfecto, Jeff.

Volvieron a estrecharse las manos y Alex, Lou y Ron se encaminaron hacia la motora.

El tipo llamado Jeff regresó al helicóptero, pensativo.

—¿Ocurre algo, Jeff? —le preguntó el piloto, un tipo de cara delgada y cejas muy juntas.

—Se trata del individuo que ha venido con Alex y Lou...

—¿Qué pasa con él?

—Su cara me resulta familiar.

—¿Estás seguro de haberlo visto antes?

—Sí, Rod. Pero no consigo recordar dónde.

—Si Charles Bevison lo empleó, es porque el tipo es de fiar.

—Claro.

—Anda, deja de preocuparte y vámonos de aquí.

El sujeto llamado Rod puso el motor en marcha y el helicóptero se elevó, alejándose rápidamente del lugar.

* * *

La motora se puso en movimiento casi al mismo tiempo que el helicóptero.

Minutos después, Alex la detenía en el embarcadero y él, Lou, y Ron, saltaban de la motora.

El maletín que contenía la heroína lo llevaba Lou.

Subieron los tres al «Chevrolet» gris.

Ron Stapley, en esta ocasión, se mantuvo callado.

En menos de una hora, las seis bolsas de heroína estuvieren distribuidas.

La primera la entregaron al propietario de una sala de billares, con todo secreto, naturalmente.

Las otras cinco, en un bar de aspecto poco cuidado, una sala de masajes, un club de *jazz*, otro de *striptease*, y un gimnasio, respectivamente.

Concluida la tarea, emprendieron el regreso a El Cangrejo.

Bastantes minutos después de haber dejado el islote, el fulano llamado Jeff dio un fuerte respingo y aulló:

—¡Rod!

El sujeto que pilotaba el helicóptero respingó también, pero del susto.

—¿Por qué diablos me gritas de ese modo, Jeff?

—¡Acabo de recordar cuándo y dónde vi al tipo que acompañaba a Alex y Lou, Rod!

—¿De veras...?

—¡Da media vuelta, rápido!

—¿Qué...?

—¡Hemos de advertir a Charles Bevison del peligro que corre!

—¿Peligro...?

—¡Todos lo cerremos, Rod! ¡Ese tipo es un agente del FBI!

CAPÍTULO X

—¡Hola, muchachos! —exclamó Charles Bevison, al ver entrar a Alex, Lou y Ron en su despacho—. ¿Cómo ha ido todo? —inquirió, levantándose del sillón, pero sin salir de detrás de la mesa.

—Perfectamente, jefe —respondió Alex—. La mercancía ya ha sido distribuida.

—Estupendo. ¿Qué tal se ha portado Ron?

—Mal —masculló Lou, mirando con dureza a Stapley—. No ha dejado de meterse con nosotros.

—Eso no es cierto, jefe —negó Ron—. Fueron ellos los que no dejaren de pincharme. Y si no hubiese sido porque usted nos prohibió pelear, hasta que no acabásemos el trabajo, les habría partido la cara a los dos en el islote.

—¡Tú no rompes ni una pajarita de papel, fantoche! —replicó Alex, furioso.

Stapley miró a Charles Bevison.

—¿Podemos pelear ya, jefe?

—Sí, ya no hay nada que impida que os sacudáis cuanto queráis —autorizó Bevison—. Pero quiero haceros una advertencia: si rompéis alguna cosa, lo pagaréis entre los tres, a partes iguales.

—Que lo pague el que pierda —propuso Ron—. ¿Estáis de acuerdo, rinocerontes?

—Naturalmente que sí —aceptó Alex—. Así Lou y yo no pagaremos nada —añadió jactanciosamente.

—Sólo en la farmacia, vais a gastaros un pico —replicó Ron.

Charles Bevison indicó:

—Fuera chaquetas, muchachos.

Ron se despojó de la suya y la tiró sobre el sofá.

Alex y Lou le imitaron al instante.

—Dejad la artillería sobre mi mesa —habló de nuevo Bevison—. No quiero que ninguno de vosotros tenga un mal pensamiento durante la pelea.

Ron se quitó la funda sobaquera, en la que descansaba su «Luger», y la dejó sobre la mesa escritorio.

Alex y Lou se despojaron también de las suyas, en cada una de las cuales descansaba una «Magnum» de mucho respeto.

Charles Bevison puso las tres pistolas automáticas delante de él y se dejó caer en su sillón, indicando:

—Podéis empezar a calentaros, muchachos.

Alex y Lou se escupieron en las manos y dieron un paso hacia Ron.

Éste levantó la mano y dijo:

—Un momento, dinosaurios. Pelearé primero con uno y luego con el otro, no con los dos a la vez. Así lo convenimos, ¿verdad, jefe? —Miró un instante a Charles Bevison.

—Cierto, Ron —asintió Bevison, abriendo la caja de los cigarros y cogiendo uno—. Ya lo habéis oído, muchachos —miró a Alex y Lou.

—Yo pelearé con él, Lou —masculló Alex.

—No, déjame a mí, Alex —pidió Lou—. Se metió más conmigo que contigo.

—Está bien, tuyo es —accedió Alex—. Pero rómpele algún hueso de mi parte, ¿eh?

—Media docena, por lo menos —sonrió cavernosamente Lou, y fue hacia Ron Stapley.

—¡Primer asalto! —dijo Charles Bevison, echando la primera bocanada de humo.

—¡Y primer castañazo! —Ladró Lou, desplegando su brazo derecho.

Ron se agachó velozmente y el puño del gorila pasó silbando por encima de su cabeza, en estrepitoso fallo.

Un fallo que le costó muy caro a Lou, porque Ron le clavó el puño diestro en el estómago, y antes de que el matón tuviera tiempo de quejarse, le hundió el otro puño en el hígado.

Fueron dos golpes tan precisos como contundentes.

Lou, muy a su pesar, se dobló, lanzando un bramido.

Permaneció muy poco tiempo doblado, porque Ron Stapley puso

en marcha su gancho de derecha y le obligó a erguirse.

Una fracción de segundo después, le colocó los dos puños en la cara, tan seguidos, que dio la impresión de que le había sacudido con ambos a la vez.

Lou empezó a sangrar por la boca y la nariz.

Trató de reaccionar, pero Ron no le dejó, pues le cascó de nuevo con el puño derecho.

Lou se tambaleó, pero no llegó a caer.

Ron se alegró de que no se derrumbara, pues ello le permitió «tantearle» de nuevo el hígado con la zurda.

El matón se encogió, bramando otra vez.

Ron lo desencogió de un rodillazo en la cara, y tan pronto como lo vio erguido, le incrustó los nudillos del puño diestro entre las cejas.

Lou puso los ojos en blanco y se vino abajo todo de una pieza.

—¡Qué estilo, muchacho! —exclamó Charles Bevison, admirado de la facilidad y limpieza con que Ron había puesto fuera de combate a un hombrón como Lou.

Ron Stapley se volvió hacia el otro gorila.

—Ahora te toca a ti, Alex.

Éste apretó las mandíbulas.

—Conmigo no podrás, Ron.

—Lou pensaba lo mismo, y ya has visto la paliza que le he dado.

—Mucho mayor te la voy a dar yo a ti —masculló Alex, dando un paso hacia Stapley.

Hizo un amago con el puño derecho, y lanzó el izquierdo, con enorme potencia.

Ron no se dejó sorprender.

Apartó la cabeza en el instante justo, burlando limpiamente el puñetazo de Alex, y acto seguido golpeó al matón en la boca del estómago.

Alex abrió la otra, la de la cara, y lanzó un rugido de dolor.

Ron le obligó a cerrarla con un gancho de izquierda, al cual siguieron dos nuevos y rapidísimos golpes, ambos en la caja torácica.

El gorila abrió de nuevo la boca, exageradamente, porque los dos últimos golpes de Stapley le habían cortado casi por completo la respiración, y apenas sí conseguía llevar aire a sus pulmones.

A Ron le tuvo sin cuidado el problema de Alex.

El fue a lo suyo.

Y lo suyo era, lógicamente, dejar K. O. cuanto antes al matón.

Para ello, le soltó un formidable derechazo, seguido de otro golpe con la zurda, ambos al rostro.

Alex trastabilló, pero no perdió la vertical.

Peor para él.

Y para su hígado.

Sí, porque allí se clavó el puño de Ron, con la fuerza de un arpón ballenero.

Alex rugió como un elefante al que estuviesen arrancando los colmillos en vivo y se dobló al instante, con un color verde pardusco, o sea, un verde sapo, en la cara, que daba asco.

Al igual que poco antes hiciera con Lou, Ron lo enderezó de un rodillazo en plena cara.

Alex lanzó otro rugido elefantesco.

Dio la impresión de que llamaba a Tarzán.

Ron Stapley no esperó a ver si Tarzán llegaba.

Le soltó un trallazo y lo mandó al suelo.

Alex intentó levantarse, pero ya no tenía fuerzas suficientes.

Y las pocas que le quedaban se le fueron cuando Ron le atizó, con la punta del zapato, en el maxilar inferior.

El matón se durmió como un bendito, muy cerca de donde yacía Lou, igualmente inconsciente.

Ron Stapley se volvió hacia Charles Bevison.

Respingó levemente al ver que el propietario de El Cangrejo había sacado la «Luger» de la funda y le apuntaba con ella al pecho.

—Magnífica pelea, Ron —elogió Bevison, quitándose el cigarro de la boca—. No hay duda de que los agentes del FBI sabéis defenderos como nadie.

CAPÍTULO XI

Ron Stapley puso cara de sorpresa.

—¿De qué está hablando, jefe...?

Charles Bevison sonrió irónicamente.

—¿De veras no lo sabes, Ron...? Bueno, te sigo llamando Ron porque ése es el nombre que tú me diste, pero ya supongo que es un nombre falso... ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Ron Stapley es mi verdadero nombre, y vuelvo a repetirle que no entiendo de qué me habla.

Charles Bevison movió la cabeza de derecha a izquierda.

—Es inútil que sigas representando tu comedia, Ron, o como quiera que te llames. Te hemos descubierto. Sabernos que eres un agente del FBI, del Departamento Central de Washington.

—No diga tonterías, jefe.

—No estoy diciendo tonterías, y tú lo sabes mejor que nadie. Te he dejado pelear con Alex y Lou porque tenía la seguridad de que ellos podrían contigo. No ha sido así, y he_ tenido que intervenir yo.

—Jefe... —Stapley hizo ademán de acercarse a la mesa.

—No te muevas de donde estás, Ron, si no quieres precipitar tu muerte —advirtió Bevison, arqueando el dedo índice sobre el gatillo de la «Luger».

Ron Stapley obedeció.

Charles Bevison llamó:

—¡Jeff! ¡Rod!

La puerta se abrió al instante y los dos tipos que Ron viera llegar al islote en un helicóptero, entraron en el despacho, esgrimiendo sendas pistolas automáticas.

—¿Qué diablos significa esto, jefe...? —preguntó Stapley.

Charles Bevison dio una chupada al cigarro, expulso el humo, y

explicó:

—Jeff te reconoció, Ron, aunque no en cuanto te vio, porque su memoria no es muy buena, sino un rato después. Jeff pasó algún tiempo en Washington, y te vio entrar y salir varias veces en el Departamento Central del FBI, solo o en compañía de otros agentes. Jeff vigilaba el Departamento porque había recibido el encargo de liquidar a Jacky Stevens, un compañero tuyo y lo liquidó, como muy bien recordarás tú... Jeff hizo un buen trabajo, nadie le vio disparar sobre Jacky Stevens y ello le permitió salir tranquilamente de Washington y venirse a la Costa. Poco después, empezó a trabajar para nosotros.

Ron Stapley había endurecido ligeramente los músculos faciales, y sus ojos, empequeñecidos, despedían ahora un brillo metálico.

—¿Vas a seguir negando que eres un agente del FBI, Ron...? —preguntó Bevison.

Stapley, que miraba a Jeff, volvió los ojos hacia el dueño del club.

—Yo qué voy a ser un agente del FBI. Jeff se contunde. Sin duda ese agente se parece físicamente a mí, y por eso me toma por él.

Jeff habló:

—Estás atrapado, amigo. ¿Por qué no lo admites y dejas de fingir?

—¡No estoy fingiendo, maldita sea! —se exaltó Ron. Mirando de nuevo a Charles Bevison, preguntó—: ¿Cree usted que yo hubiera accedido a estrangular a Glenda, si fuera realmente un agente del FBI?

El dueño de El Cangrejo sonrió.

—Eso fue lo primero que pensé, cuando Jeff y Rod llegaron y me informaron. No lograba entenderlo. Pero pronto adiviné lo que pasó... Tú jamás hubieras estrangulado a Glenda, aunque Alex, Lou y yo no hubiésemos irrumpido en el despacho. Eres un tipo muy listo, Ron... Sospechaste que todo era una farsa, y no tuviste inconveniente en tomar parte en ella. Acertaste. Y, si hubieses estado equivocado, en el último instante habrías soltado el cuello de Glenda.

—Si ustedes no hubieran entrado, habría estrangulado a Glenda, no lo dude —insistió Stapley.

Charles Bevison sonrió extrañamente.

—Acabas de darme una idea, Ron.

—¿Si?

—Una magnífica idea. Y la voy a poner en práctica inmediatamente, porque es el mejor modo de saber si Jeff está o no confundido.

—Yo no estoy confundido, señor Bevison —gruñó Jeff—. Ese tipo es un agente del FBI —señaló a Ron con el dedo.

—Y yo te creo, Jeff —dijo Bevison—. Pero quiero dar una oportunidad a Ron.

—Yo no le daría ninguna —rezongó Jeff.

—Ni yo —dijo Rod, el tipo que pilotara el helicóptero.

—Pues yo sí —insistió Bevison—. Y como aquí mando yo, se la voy a dar. Tú, Ron, retrocede despacio y siéntate en el sofá.

Stapley obedeció.

—Jeff, Rod, no dejéis de apuntarle en ningún momento —indicó Bevison—. Y si se mueve del sofá, sin mi permiso, liquidadle.

—Descuide, señor Bevison —masculló Jeff.

—Como haga un solo movimiento, le llenamos el pecho de agujeros —añadió Rod.

Charles Bevison, sin soltar la «Luger» de Ron Stapley, atrapó el auricular del teléfono se lo pegó a la oreja, y marcó un número.

—¿Glenda...? Soy yo, cariño... Sí, estoy en el club.

Y quiero que vengas enseguida... No, ya te lo explicare cuando llegues. No tardes, Glenda.

Bevison colgó el auricular y miró a Stapley.

Éste no dijo nada.

Pero Charles Bevison creyó ver un asomo de preocupación en sus ojos.

Y no se equivocaba.

Ron Stapley, o como quiera que se llamase realmente, estaba preocupado.

Pero que muy preocupado...

* * *

Unos quince minutos después de que Charles Bevison llamase telefónicamente a Glenda Harris, la apetecible morena se presentaba en el despacho del propietario de El Cangrejo, luciendo

un ligero vestido mañanero, escotadísimo y exageradamente corto.

—He venido lo antes posi... —se interrumpió, dando un gritito de sorpresa—. ¡Charles...! —exclamó apagadamente, al descubrir a Alex y a Lou tendidos en el suelo, con las caras ensangrentadas.

—No te asustes, Glenda —sonrió suavemente Bevison, sin levantarse del sillón.

—¿Qué ha pasado aquí, Charles...? —musitó ella, observando también a Jeff y a Rod.

—Ron peleó con Alex y Lou —explicó Bevison.

—¿Con qué les golpeó, con un martillo pilón?

Bevison rió la ocurrencia de su amiguita.

—Algo parecido, sí.

—Cuando yo digo que ese tipo es un salvaje... —rezongó la morena, mirando a Ron Stapley.

—Siéntate a su lado, Glenda —indicó Bevison.

—¿Qué? —Pestañeó ella.

—Que te sientes al lado de Ron.

—¿Para qué?

—Siéntate, cariño, y no hagas preguntas.

Glenda Harris, tras unos segundos de titubeo, se acercó al sofá y se sentó junto a Ron Stapley.

Lo hizo con evidente temor.

La brevedad del vestido la obligó a mostrar generosamente las piernas.

Charles Bevison se arrellanó en el sillón y ordenó:

—Estrangúlala, Ron. Pero esta vez, de verdad.

CAPÍTULO XII

Glenda Harris palideció.

Y eso que pensaba que Charles Bevison no hablaba en serio.

Para ella, aquello era otra comedia preparada por el propietario de El Cangrejo.

Pero como en la anterior lo pasó tan mal...

No obstante, continuó sentada junto a Ron Stapley, sin despegar los labios.

Ron sonrió con ironía.

—¿A quién pretende engañar, jefe?

Charles Bevison sonrió también.

—A nadie, Ron. Sólo pretendo averiguar si eres o no un agente del FBI. Y no tardaré en saberlo. Si matas a Glenda, quedará demostrado que no lo eres, que Jeff se confundió de sujeto. En cambio, si no la matas...

—Si usted desea realmente que la mate, la mataré.

Pero...

—Sin peros, Ron.

—¿Es que Glenda no significa nada para usted?

—Oh, sí, ya lo creo que significa. Muchísimo.

—No significará tanto, cuando desea que la estrangule —repuso Stapley.

Charles Bevison rió.

—No lo harás, Ron.

—Si usted se empeña, lo haré. Y luego se arrepentirá.

—Manos a la obra. Ron. Es decir, al cuello de Glenda. Y aprietas fuerte, sin temor.

—Hasta que usted diga basta, ¿no?

—Yo no abriré la boca, Ron. Esta vez la cosa va muy en serio,

aunque tú no lo creas.

Stapley dio un suspiro de resignación.

—Está bien, jefe. Si usted lo quiere...

—Lo quiero, Ron.

Stapley miró a la amiguita de Bevison, con pena.

—Lo siento, Glenda, pero ya has oído al jefe.

Ella no dijo nada.

Estaba mucho más pálida que antes.

Y temblaba.

De pies a cabeza.

Y es que Glenda Harris empezaba a dudar que todo fuese una comedia, como la otra vez.

Charles Bevison era capaz de consentir que Ron Stapley la estrangulara de verdad.

Sería un modo muy sencillo de desembarazarse de ella, y tendría el camino libre para lanzarse a la conquista definitiva de Lucy Cáster, la bella cantante.

Sí, la pelirroja ocuparía su puesto...

Glenda Harris respingó con fuerza al sentir sobre su cuello las manos de Ron Stapley.

—¡No...! —chilló, aterrada, cogiendo las muñecas masculinas.

Stapley comenzó a apretar.

—¡Charles...! —chilló de nuevo la morena, intentando desesperadamente quitarse del cuello las manos de Ron Stapley, cosa que jamás lograría, y ella lo sabía.

Charles Bevison, inmutable, se llevó el cigarro a la boca.

—Tranquila, Glenda. Ron no llegará hasta el final.

—Llegaré, jefe —dijo Stapley, y continuó apretando con sus fuertes manos.

Jeff y Rod tenían los ojos clavados en Ron Stapley y Glenda Harris.

Ambos empezaban a creer que sí, que Ron llegaría hasta el final.

El rostro de la morena se congestionaba más y más, sus ojos estaban dilatados al máximo, expresando todo el espanto del mundo, y su boca permanecía abierta de par en par, buscando un aire que no conseguía encontrar.

El propio Charles Bevison empezó a dudar.

Sin embargo, no ordenó a Ron que se detuviera.

Se limitó a tragarse su irónica sonrisa y morder el cigarro.

Ron Stapley miró un instante a Charles Bevison, y pareció preguntarle con los ojos si continuaba o no apretando el cuello de Glenda.

Como no obtuvo respuesta alguna por parte del dueño del club, miró de nuevo a la morena y dio la impresión de que acentuaba aún más la presión que sus férreos dedos ejercían sobre el delicado cuello femenino.

Los ojos de Glenda Harris quedaron en blanco un momento y luego se cerraron suavemente, al tiempo que sus brazos caían pesadamente, faltos de toda energía.

Un par de segundos después, Ron Stapley soltaba el cuello de la morena, y ella caía hacia atrás, quedando completamente inmóvil sobre el sofá.

Ron se volvió lentamente hacia Charles Bevison.

Éste tenía la boca abierta, y había perdido el puro.

También Jeff y Rod tenían la boca abierta, denotando perplejidad.

—Se la ha cargado, Jeff... —musitó Rod.

—Sí, eso parece... —murmuró Jeff.

Charles Bevison brincó del sillón.

—¡La has matado...! ¡Has matado a Glenda! —gritó, con ojos agrandados, llenos de estupor.

—Usted me lo ordenó, jefe —recordó Ron.

—¡Porque creí que eras un agente del FBI!

—Le dije una y otra vez que no lo era, que Jeff estaba confundido, pero usted no quiso creerme.

Charles Bevison dirigió una mirada furibunda a Jeff.

Éste se estremeció.

Bevison le hacía responsable de la muerte de Glenda, de eso no había duda.

De ahí su estremecimiento.

Y su temor, ante posibles represalias.

Charles Bevison salió de detrás de la mesa y corrió hacia el sofá.

—Glenda... —musitó, acariciándole el rostro, caliente todavía.

Su mano se deslizó, trémula, hasta el cuello, aquel cuello que poco antes había apretado Ron Stapley, por orden de él, sí, pero por culpa de Jeff.

¡Maldito Jeff...!

De pronto, Bevison dio un respingo.

Apretó las yemas de los dedos contra el enrojecido cuello de Glenda Harris.

—¡Vive...! —gritó, respingando por segunda vez—. ¡Glenda está...!

No pudo acabar la frase.

Ron Stapley se había arrojado como un puma sobre él, derribándole al suelo.

Charles Bevison no llegó a darse cuenta, pero el caso fue que Ron Stapley le arrebató la «Luger» y apuntó con ella a Jeff y Rod, quienes, perplejos, no habían acertado a reaccionar.

—¡Quietos...! ¡Arrojad las armas! —ordenó Ron, desde el suelo.

Los tipos no obedecieron.

Encañonaron a Stapley y apretaron el gatillo.

Ron se les anticipó en unas décimas de segundo.

Suficientes.

Sí, porque cuando las armas de Jeff y Rod vomitaron plomo, éstos ya tenían una bala cada uno en el cuerpo, lo cual hizo que sus disparos no diesen en el blanco.

Los tipos se derrumbaron, quedando inmóviles en el suelo, a un metro escaso de donde, todavía inconscientes, yacían Alex y Lou.

Ron Stapley se puso en pie rápidamente y se acercó a Jeff y Rod.

El primero estaba muerto, y el segundo, casi.

En efecto.

El corazón de Rod dejó de latir antes de que Ron Stapley le retirara la mano del pecho, donde la había puesto segundos antes para saber si el tipo vivía o había muerto.

Ron recogió las armas de los tipos y las dejó sobre la mesa de Bevison, junto con las «Magnum» de Alex y Lou.

Seguidamente, abrió el cajón superior del lado derecho y guardó las cuatro automáticas, cerrando con llave a continuación, la cual se guardó en el bolsillo del pantalón.

Regresó junto a Charles Bevison.

Éste continuaba en el suelo, sin comprender bien lo que había pasado.

—Levántese, Bevison —ordenó Ron, apuntándole con la «Luger».

El dueño del club se puso en pie, lentamente.

Estaba muy pálido, y le temblaban las manos.

—De modo que Jeff estaba en lo cierto... —murmuró.

Ron asintió con la cabeza.

—Sí, Bevison. Soy un agente del FBI, del Departamento Central de Washington, y mi verdadero nombre es Matt Rogers.

Charles Bevison miró a Glenda Harris.

—¿Cómo lo hiciste, Ron? Digo, Matt.

El agente explicó:

—En el momento oportuno, presioné sobre ambas arterias carótidas, impidiendo que la sangre llegara al cerebro, y sobrevino el rápido desvanecimiento. Ustedes creyeron que la había estrangulado, pero no fue así.

—Muy inteligente, Ron.

—Matt... —corrigió el agente.

—Sí, eso.

—Tengo que hacerle una pregunta, Bevison.

—¿Una pregunta?

—¿Cómo se llama la persona que les suministra la heroína?

Charles Bevison sonrió.

—Averígualo si puedes, Matt.

—Claro que puedo —repuso Matt Rogers, y le soltó una sonora bofetada.

El dueño de El Cangrejo estuvo a punto de caerse.

El agente del FBI advirtió:

—La próxima vez le sacudiré con el cañón de la «Luger», Bevison, y eso sí que es doloroso.

Charles Bevison, que no tenía nada de valiente, se apresuró a confesar:

—El tipo se llama Stephen Parsons, y vive en Los Ángeles...

—¿Dónde exactamente?

Bevison se lo dijo.

—Bien —sonrió Matt Rogers, y se acercó al teléfono.

Segundos después, hablaba con la policía.

EPÍLOGO

El taxi se detuvo a unos metros de la casa de Lucy Cáster.

Matt Rogers pagó al taxista y se apeó, dirigiéndose hacia la escalera.

Subió los peldaños de dos en dos.

Una vez arriba, pulsó el timbre de la puerta.

Ésta no tardó en abrirse, dejando ver a la bella pelirroja.

La cantante, que lucía unos *mini-shorts* blancos y una blusa verde, anudada debajo del busto, pareció alegrarse al ver al agente del FBI, pero enseguida cambió el gesto, mostrándose seria y ceñuda.

Matt Rogers, advirtiéndole el cambio de expresión de la pelirroja, carraspeó y dijo:

—Hola, Lucy.

—Hola, sinvergüenza.

Matt pestañeó.

—¿Por qué me llamas sinvergüenza...?

—Porque lo eres...

El agente se miró los zapatos.

—Creí que ya habías olvidado lo de la otra tarde, en la arena...

—Sí, eso ya lo olvidé. Lo que no he olvidado todavía es lo de anoche, en mi camerino, cuando, para evitar que Charles Bevison te descubriera, no tuve más remedio que desnudarme tras el biombo, que era donde te escondías tú.

Matt volvió a carraspear.

—Yo me pasé todo el rato con los ojos fijos en uno de los bastidores, Lucy. No te miré en ningún momento...

—Mientes.

—De veras que no, Lucy.

—Te sorprendí observándome por el rabillo del ojo, al poco de haberme quitado la bata. Por eso te tiré de la patilla.

Matt tosió.

—Te daría esa impresión, Lucy, pero yo te juro que...

—No jures en falso, Ron.

—Yo no me llamo Ron...

—¿Qué?

—Me llamo Matt; Matt Rogers. Y soy agente del FBI.

Lucy Cártter lo miró fijamente, sin un pestaño.

—¿Qué broma es ésta, Ron?

—No se trata de ninguna broma, Lucy. Déjame pasar y te lo explicaré todo.

La cantante se apartó, en silencio.

Matt entró en la casa y esperó a que ella cerrara la puerta.

Entonces, sugirió:

—¿Nos sentamos en el sofá, Lucy?

—Sí, se conversa mejor sentado.

Se acomodaron los dos en el sofá.

Matt Rogers puso al corriente de todo a Lucy Carter, sin omitir detalle.

Ella se quedó perpleja.

—Charles Bevison, traficante de drogas... —murmuró.

—Así es, Lucy. Pero ahora no podrá traficar en unos cuantos años, porque se los pasará en la cárcel, junto con Alex, Lou y Stephen Parsons, el tipo de Los Ángeles, el que le suministraba la heroína. Ya ha sido detenido, también.

—Y tú un agente del FBI.

Matt sonrió.

—Sí, soy un agente.

—Nadie lo diría.

—No tengo cara de agente, ¿verdad?

—Pues, no...

—Por eso precisamente me escogieron a mí para esta misión. Parezco más un boxeador en activo que un agente del FBI. Y todo por culpa de mi nariz... —Rogers se la tocó.

Lucy Cártter sonrió.

—El Belmondo americano...

—Sí —rió el agente—. Pero, como tú dijiste, si una mujer tan

guapa como Ursula Andress se enamoró de

Jean-Paul

Belmondo..., ¿por qué no puede ocurrirme lo mismo a mí?

—Si quieres que Ursula Andress se enamore de ti, tendrás que viajar a Europa... —observó la cantante, con ironía.

—Prefiero quedarme en América, y que seas tú quien se enamore de mí —repuso Matt, rodeando con sus brazos la desnuda cintura femenina.

—Ursula es más guapa que yo.

—Eso quisiera ella.

—Gracias.

—No hay de qué —dijo Rogers, y la besó en los labios.

No encontró oposición alguna.

Tras el beso, el agente comunicó:

—Esta misma tarde tengo que regresar a Washington, para informar personalmente a mis superiores del resultado de mi misión.

—¿Y...?

—¿Quieres venir conmigo, Lucy?

—¿En calidad de qué?

—¿A qué te refieres?

—No quiero ser, ni para ti ni para nadie, lo que Glenda Harris era para Charles Bevison, por ejemplo.

—¿Me estás pidiendo que me case contigo...?

—No. Eres tú quien debe pedírmelo a mí. Suponiendo que me quieras lo suficiente, claro...

—Oh, sí, yo te quiero en cantidades industriales, y no es necesario que te lo diga, porque tú ya lo sabes.

—¿Entonces...?

Matt Rogers acarició el nacimiento de las caderas femeninas.

—¿Aceptarías ser mi esposa, Lucy?

—No te responderé si no me haces la pregunta más directa.

—¿Más todavía...?

—Más todavía.

—Está bien. ¿Quieres ser mi esposa, Lucy?

Ella sonrió ampliamente, con un brillo especial en los ojos.

—Sí quiero, Matt —respondió, pasándole los brazos por el cuello.

—Soy un tipo afortunado. Pero que muy afortunado —dijo Matt Rogers, y la besó ardientemente en los labios, viéndose correspondido por la cantante.

Mientras la besaba, Matt deslizó una mano hacia el nudo de la liviana blusa, bajo la cual no había nada.

O mucho, según se mirara.

Lucy Cáster no impidió que lo deshiciera.

Ni que, a continuación, la acariciara hábil y expertamente, obligándola a estremecerse y a emitir gemidos de placer.

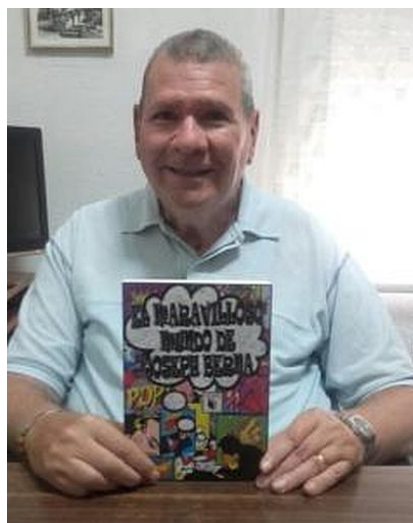
Matt iba a casarse con ella.

Tenía, pues, derecho a muchas cosas.

A todo, incluso.

Y no sería ella quien se lo impidiera.

FIN



Joseph Berna nació en Xàtiva (Valencia), España en 1946.

Joseph Berna es el seudónimo utilizados por José Luis Bernabeu López, uno de los escritores más prolíficos, junto a nombres como Clark Carrados, Lou Carrigan o Curtis Garland, de las ya legendarias novelas baratas de Bruguera, historias pulp de leer y tirar que con sus tramas formulistas, narraciones llenas de ritmo, personajes estereotipados, lenguaje sencillo y recurrente, tramas de terror o ciencia-ficción, con dosis de erotismo y humor, logran con eficacia su digno objetivo escapista.

Cursa sus primeros estudios en el colegio «La Ferroviaria», del que guarda un grato recuerdo de su profesora «Doña Consuelo» que le apodó con el nombre de «Tragalibretas» debido a la rapidez con que las terminaba y lo poco que le duraban los trabajos. Más tarde ingresa en el instituto «José de Rivera» donde cursa bachillerato, en esta época se traslada a vivir a Elche para un poco después ya con dieciséis años residir definitivamente en Valencia.

Entre sus múltiples relatos, editados en los años 70 por Bruguera y más tarde, como Bolsilibros, por Ediciones B, aparecen títulos como «Seis cadáveres en potencia», «El reino de los seres de hielo», «La mansión de los mil y un horrores», «El coleccionista de seres», «El

terror cayó del cielo» o «El planeta robotizado».